

A painting depicting a woman in a light-colored dress holding a young child up to a large tree trunk. The woman is looking up at the child with a joyful expression. The child is holding onto the tree trunk. The background shows a hazy, rural landscape with trees and a bright sky. The overall tone is warm and nostalgic.

La esencia del amor humano

2. Corroborar en el ser

Tomás Melendo

Índice

Breve introducción	3
1. Los bienes del amado...	4
2. ... se reducen a dos	5
I. Que exista	9
1. Decir que sí.....	10
2. Decirlo eficazmente.....	11
3. Decir un sí absoluto	15
II. Comprobación positiva	18
1. "Quando m'innamoro..."	19
2. Los defectos del cónyuge.....	22
3. Nuestra propia mejora	29
III. Comprobación negativa	33
1. Amar es decir: «no morirás».....	34
2. Nuevos testimonios	35
3. Una "fractura" en el ser.....	36

Breve introducción

¡Para mantenerte todavía en forma!

¡Alerta!

No te molestes si insisto en que existen muchas maneras de estudiar un escrito, como también de observar la realidad. A menudo, no advertimos la existencia de algo o dejamos sin percibir ciertos atributos de una persona por el sencillo hecho de que *no* estamos lo bastante pendientes (no estamos *al loro*, se dice a veces en España).

Con los libros sucede algo parecido. Es preciso poner la mente *en marcha* y mantenerla así, sin desmayo... o recuperarse cuando aflojamos, para aprovechar lo que contienen. De lo contrario, muy probablemente ni siquiera advertimos cuestiones claramente expuestas, pero que, por nuestra falta de interés o de atención —y por falta de *explicaderas* de quien escribe—, para nosotros no significan nada.

Por eso, también antes de comenzar el presente apartado, me gustaría que te *detuvieras* a pensar sobre el contenido de estas preguntas.



- Si es que los hay, explica los motivos que pueden llevarte a *no* procurar un bien a las personas que quieres. Matiza la respuesta y explica lo que creas conveniente.

- ¿Piensas que existe algún modo de compendiar o resumir los bienes que hemos de otorgar a las personas amadas? Inténtalo.

- A tu parecer, ¿dónde está el inicio del verdadero amor? ¿Qué sería lo primero y más radical que experimenta alguien cuando se enamora o a medida que sigue más y más enamorado? ¿Cómo expresarías lo que *siente* o *desea* que le suceda a aquel a quien más ama?

- Según afirma Cicerón, el «amor no es otra cosa sino querer al que se ama sin interés y sin buscar ningún provecho». Se trata de una afirmación bastante corriente y que seguro que no te causa asombro o, al menos, no demasiado. Pero cuando añade que los beneficios de la amistad se producen justamente en la medida y proporción en que menos se anda tras ellos, ¿no te suena a una simple frase retórica, a una especie de adorno sin fundamento real, a algo que queda bien decir, pero que en el fondo no es viable?

Sin embargo, al estudiar la felicidad, nos topamos una y otra vez con sugerencias en la misma línea, tanto de filósofos como de psiquiatras y de literatos o, más en general, de artistas.

¿Qué opinas de todo ello?

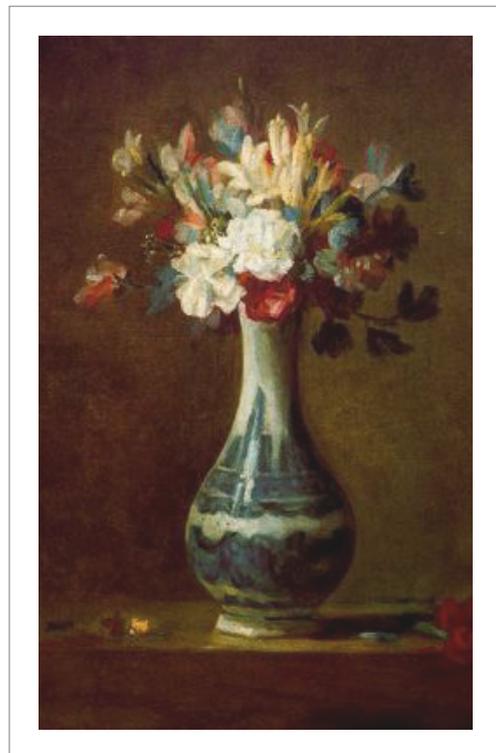
Antes de *alejarme* todavía más del tema,
te invito a introducirte en él.

1. Los bienes del amado...

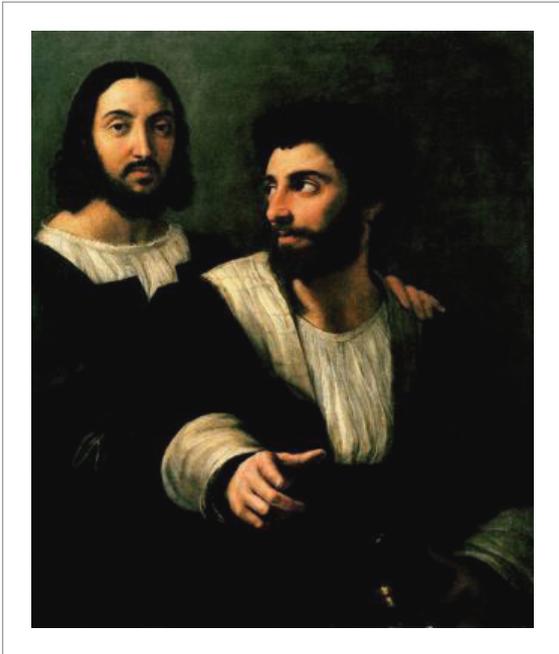
Sugería antes que el núcleo de este escrito consistiría en esclarecer la siguiente pregunta: ¿cuál debe ser el bien deseado y perseguido para aquel a quien amo?, ¿cómo se concreta el amor al otro, a los demás?

A la hora de iniciar una respuesta, dos caminos se abren ante nosotros: el del análisis y el de la síntesis.

Si nos introducimos por el primero, el de la descripción fotográfica y pormenorizada de los beneficios que hemos de proporcionar a los seres queridos, el sendero se tornará infinito; pues, en efecto, para las personas que estimo debo perseguir todos los bienes que les aprovechen, en la medida en que estén a mi alcance.



Aunque con una condición, ya mencionada y, desde tal punto de vista, reiterativa: que se trate de ayudas reales, objetivas, capaces de perfeccionar de veras la grandeza personal de aquellos a quienes se las procuro, su mejora en cuanto personas.



Pero, entonces, nuestra tarea deviene inacabable: el número de esos bienes no tiene límite.

Pues, ¿por qué habría yo de abstenirme de suministrar una ventaja a mi mujer, a mis hijos, a mis amigos más íntimos, a mis vecinos, incluso a mis simples conocidos... siempre que ese apoyo esté en mi mano y contribuya de alguna manera a su mejora o perfeccionamiento? ¿No hemos visto en otras ocasiones que hacer el bien (aprobarlo y promoverlo) es una de las exigencias que la realidad misma —en particular y sobre todo las personas— imponen al ser humano?

De suerte que embocar esta vereda nos introduce en un callejón, no sin salida, sino sin término. En lo que los clásicos llamaban una aporía.

Para las personas que estimo,
y en la medida en que estén a mi alcance,
debo perseguir todos los bienes que les aprovechen

2. ... se reducen a dos

Probemos, pues, la otra vía, la de la síntesis. Y, entonces, la cuestión se simplifica.

Podremos afirmar que, a fin de cuentas, todos los bienes del ser querido se reducen a dos:

a) Que esa persona sea, que exista.

b) Y que sea buena, que vaya alcanzando su plenitud como persona, su perfección y, con ella, lo que hoy llamamos felicidad o dicha.

Si lo pensamos despacio, todo lo que de auténticamente provechoso podríamos anhelar para alguien se engloba en estos dos propósitos capitales: que sea y que sea bueno.

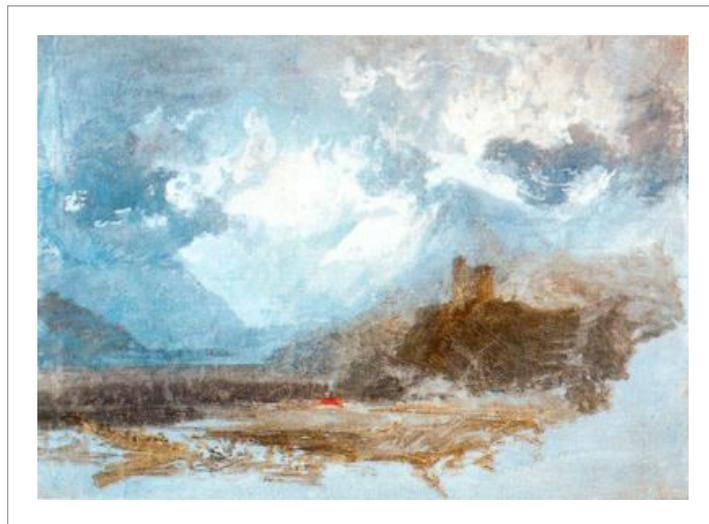
O, mejor, que sea y que sea bueno... y cuanto contribuya a alcanzar esos objetivos, en la misma y exclusiva medida o proporción en que ayude a lograrlo.

**Todos los bienes del ser querido se reducen a dos:
que *sea* y que *sea bueno***

Paz, por favor.

Ya has comprobado que, aunque no entiendas del todo un texto, el simple esfuerzo por comprenderlo hace que las ideas en él medio expresadas sigan madurando en tu interior, se enlacen sin tú quererlo y casi sin advertirlo con otros conocimientos y, más tarde o más temprano —cada persona tiene su ritmo, que conviene conocer y respetar—, florezcan y den frutos de un más amplio saber.

Si le prestas atención, advertirás que ese proceso tiene también lugar en ti... como en todos.



Ayuda para la reflexión personal

- De nuevo estamos ante un capítulo excesivamente breve: eso implica que el trabajo por tu parte debería aumentar, para que obtengas el máximo provecho. En efecto, si te empeñas en localizar y llenar las lagunas de las páginas que preceden, como mínimo serás consciente de las cuestiones que necesitas saber... y te resultará más fácil reconocerlas cuando te salgan al paso en lo que sigue de libro, en otras lecturas o, sobre todo, en tu propia vida vivida.

- De todos modos, tal vez te convenga averiguar si, en efecto, todos los bienes que hemos de buscar para quienes queremos se resumen en los dos que acabo de

enunciar. Para lograrlo, intenta primero descubrir bienes reales para las personas a quienes aman que no tengan o parezcan no tener ninguna relación ni con su ser ni con su mejora personal.

- Si ya los encontraste, y aunque pienses que resulta inútil, procura conectarlos con su vida (con su *ser*) o con su perfeccionamiento como persona, con su bondad: aunque solo sea señalando a cuál de los dos parece estar más cercano.

- Y si todavía te encuentras con fuerzas, te animo a recorrer el camino inverso, intentando enumerar todos los bienes que parezcan tener que ver con la mejora de quienes te rodean. Procura no limitarte a mencionarlos, sino descubrir el nexo que, en cada caso, se establece entre esos bienes y el desarrollo humano; con otras palabras, y solo a modo de ejemplo, ¿por qué puedo sostener —si es que efectivamente puedo— que un mínimo de comodidad facilita el despliegue humano?; ¿ocurre algo parecido con el descanso?; ¿por qué y cómo y en qué condiciones, el dolor y el sufrimiento tienen también una función de mejora y cuándo, por el contrario, dañan a la persona en cuanto tal?; ¿dónde radica la diferencia, si es que la hay?

Agrega todo lo que se te ocurra en esta misma línea: no olvides que cuantas más preguntas te plantees, más respuestas podrás hallar... en lo que leas o, sobre todo, en tu propia vida y en la de quienes te rodean.

Nueva ayuda para la reflexión personal

- Aunque no afecte de manera directa al contenido de este capítulo, puesto que la trataremos más tarde y es clave en el conjunto de la vida humana, transcribo algunos textos relativos a la felicidad. No te extrañe si lo que afirman choca con lo que piensas... y con lo que opina la mayoría de quienes te rodean. Precisamente por eso los traigo a colación, para que reflexiones sin prejuicios sobre esta realidad o, al menos, para que oigas las célebres *dos campanas* que es preciso escuchar antes de emitir un juicio.

Como verás, se trata de cinco autores distintos, situados en contextos también diversos.

- El primero, Viktor Frankl, nos resulta conocido:

«El placer no puede intentarse como fin último y en sí mismo, sino que solo llega a producirse, propiamente hablando, en el sentido de un efecto, de forma espontánea, es decir, justo cuando no es directamente buscado. Al contrario, cuanto más se busca el placer en sí, más se pierde.

Del mismo modo que dijimos antes que el miedo realiza ya de por sí lo que teme, también ahora puede decirse que el deseo demasiado intenso hace ya de por sí imposible lo que tanto desea».¹

- Cardona Pescador, también psiquiatra, se sitúa tras las huellas de Frankl:

«La felicidad, en cualquiera de sus formas, desde la más sensitiva, como el placer, a las más trascendentes, como el éxtasis, es consecuencia de una actitud vital no directamente polarizada hacia ella mediante un afán y búsqueda intencional. La cualidad autotrascendente de la existencia humana da lugar a un hecho que el clínico puede observar día tras

1 FRANKL, Viktor: *Ante el vacío existencial*. Barcelona: Herder. 1982, p. 62.

día, esto es, que el principio del placer es en realidad autodestructor. En otros términos, la búsqueda de la felicidad es autodestructora: constituye una contradicción en sí misma. Me atrevo a decir que precisamente en la medida en que el individuo empieza a buscar directamente la felicidad o a esforzarse por conseguirla, exactamente en la misma medida no puede alcanzarla. Cuanto más se esfuerza por lograrla, tanto menos la consigue».²

- En un contexto muy diverso nos encontramos con Leclercq:

«Quizá en ningún terreno se verifique más rigurosamente la ley de la vida moral que quiere que el hombre no encuentre la felicidad más que con la condición de no buscarla, y que la preocupación de la felicidad mate la felicidad. Porque el hijo es el ser humano joven, necesariamente orientado hacia su desenvolvimiento propio, y los padres tienen como función asegurarle ese desarrollo, creando las condiciones necesarias y guiando al hijo por el camino que le conviene. Bien dicho: que le conviene, no que les conviene».³

- Este de Burke fue, en su momento, uno de los mejores libros sobre el matrimonio que conozco:

«El matrimonio —hemos dicho— no puede proporcionar la felicidad perfecta; no es ese su fin. Su objetivo, cabe afirmar, no es procurar una felicidad perfecta a los esposos, sino madurarlos para la felicidad perfecta. A través de los sucesos de aquí abajo, Dios procura enseñarnos a amar, para que seamos capaces de gozar plenamente de Él en el Cielo. El matrimonio es una de sus escuelas —escuela de amor—, donde forma a la mayoría de sus alumnos».⁴

- La perspectiva de Carlos Cardona es mucho más metafísica, pero de una metafísica que no se aleja de la vida, sino que nos introduce en lo más hondo de ella:

«Propiamente hablando, el último fin del hombre no es “su” felicidad, sino el amor de amistad y la unión con el Amado. La felicidad es simplemente una consecuencia o resultado, que puede honestamente esperarse, pero que de ningún modo puede amarse sobre todas las cosas, porque no es todo el Bien.

A este propósito, entre otros muchos ejemplos, que cabría aducir, recuerdo ahora la oración escrita por Santo Tomás Moro, después de haber sido condenado a muerte y poco antes de ser ejecutado, el 6 de julio de 1535: “Dame, Señor mío, un anhelo de estar contigo, no para evitar las calamidades de este pobre mundo, y ni siquiera para evitar las penas del purgatorio, ni las del infierno tampoco, ni para alcanzar las alegrías del cielo, ni por consideración de mi propio provecho, sino sencillamente por auténtico amor a ti”».⁵



2 CARDONA PESCADOR, Juan: *La depresión, psicopatología de la alegría*. Barcelona: ed. Científico-médica, 1984, p 107.

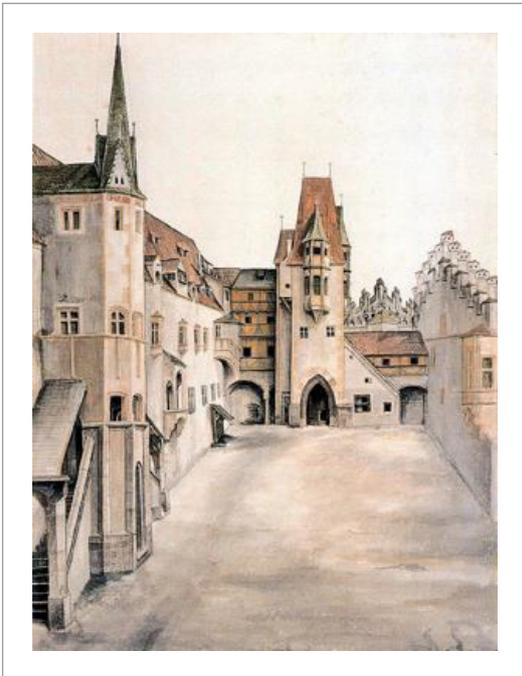
3 LECLERCQ, Jacques: *El matrimonio cristiano*. Madrid: Rialp, 19ª. ed., 1987, p. 169.

4 BURKE, Cormac: *Felicidad y entrega en el matrimonio*. Madrid: Rialp, 1990, pp. 77-78.

5 CARDONA, Carlos: *Ética del quehacer educativo*, pp. 133-134.

I. Que exista

¡No te rindas todavía, no te rindas, por favor...!



¡Ojo avizor!

¡Cuántas maneras hay de leer o estudiar un escrito y de observar la realidad! Muy a menudo, no advertimos la existencia de algo o dejamos sin percibir ciertas propiedades o caracteres de una persona, animal o cosa..., sencillamente, porque *no* los buscamos en serio, con ganas de encontrarlos.

Con los libros sucede algo parecido. Es preciso despertar en nosotros una *sana curiosidad* para encontrar lo que son capaces de enseñarnos. Si esto no sucede, resulta bastante fácil que nos quedemos sin ni siquiera vislumbrar cuestiones evidentes y bien desarrolladas.

Por eso, antes de comenzar el presente apartado, me gustaría que intentaras responder a estas preguntas o, al menos, que reflexionaras sobre ellas.

Te aseguro que me lo agradecerás, si de veras aspiras a conocer la realidad por ti misma o por ti mismo... que es el único modo de conocerla y *saborearla* de veras.

- Es probable que el modo de enfocar el amor que he adoptado te parezca excesivamente intelectual y frío. Lo de buscar el bien puede pasar, porque parece obvio. Pero ¿dónde queda la pasión, el entusiasmo, la vibración y el estremecimiento propios de los enamorados? ¿Hay lugar en este planteamiento para semejantes fenómenos, que realmente no pueden negarse e incluso son los que con más facilidad perciben quienes se aman? Intenta tú mismo *buscarles un hueco* en las coordenadas que te he marcado; te aseguro que lo tienen.

- Para ponértelo más difícil, cambiar de tercio... y ayudarte a reflexionar, te invito a responder a estas cuestiones: ¿En qué proporción y de qué modo puede amarse a una persona infradotada o aparentemente auto-envilecida: buscando su bien, a pesar de los pesares, o, en el extremo opuesto, con el enardecimiento propio de los enamorados románticos? ¿No podría ser de ambas maneras?

- De nuevo con lo mismo. Eso de procurar que el amado *sea bueno*, como manifestación fundamental de que lo quiero, ¿no resulta demasiado ñoño y un poco alejado de lo que *hoy* pedimos al amor? Te confieso, por si te consuela, que hace años, mientras comíamos, la menor de mis hijas comentó que ella no quería parecerse a sus hermanas, “porque ser buena es demasiado aburrido”. *Piensa* qué es lo que tú *piensas*.

- En resumen: ¿se puede amar apasionadamente buscando *tan solo* que la otra persona sea mejor cada día? (Añadiría entre paréntesis: ¿te parece correcto ese *tan solo*?)

Si tu respuesta es que no... yo te diría que sí.

1. Decir que sí

Como ya he apuntado, amar a una persona es, en esencia, confirmarla, decirle que sí, no tanto con palabras, aunque en ocasiones también, sino con la vida entera: con nuestras cualidades, con nuestras limitaciones y también con nuestros defectos, cuando los reconocemos y nos enfrentamos a ellos de la manera adecuada.

Amar es apuntalar con todo nuestro ser —entendimiento, voluntad, afectividad, actitudes, habilidades, posesiones, capacidad de entrega y servicio, ilusiones alcanzables o aparentemente inasequibles...— el ser de la persona a la que queremos.

Derramar, volcar cuanto somos, sentimos, podemos, anhelamos, tenemos e incluso deseamos remotamente conseguir, en apoyo de quien amamos, con el fin de que este se despliegue y desarrolle hasta su culmen perfecto o, al menos, se acerque a él.

La cuestión viene de antiguo, como mínimo desde la época de Aristóteles. Pero, en nuestros tiempos, quizás

sea Josef Pieper el que con más determinación ha puesto de relieve lo siguiente: cuando nos enamoramos —o seguimos más y más enamorados, que tal es el destino del matrimonio, pues si no, no tendría sentido contraerlo—, lo primero que surge en una o en uno son sentimientos y convicciones de este estilo: ¡es fabuloso que existas!, ¡yo quiero, con todas las veras de mi alma, que tú existas!, ¡qué maravilla, qué gozada, qué acierto, el que hayas sido creado o creada!



Así enfocada la cosa, amar vendría a consistir, en última instancia, se sepa o no, en *aplaudir a Dios*. Decirle: «con este, o con esta, sí que te has lucido»; «ahora sí que has demostrado lo que vales»; «¡bien, enhorabuena, *chapeaux!*!»⁶

Lo que, con expresión más culta, eternizó Bécquer con su «Hoy la tierra y los cielos me sonríen, / hoy llega al fondo de mi alma el sol, / hoy la he visto..., la he visto y me ha mirado... / ¡hoy creo en Dios!»⁷

Y por eso, si es de ley —y no esas tristes falsificaciones centradas en el yo, tan habituales—, el amor acerca siempre a Dios, también cuando uno no tiene conciencia de ello y ni siquiera sabe de la existencia del Amor divino infinito: Dios siempre alienta, y eso es en definitiva lo realmente importante —lo que Él es y hace—, aun cuando tú, lector, o yo lo desconozcamos.

Platón lo había entrevisto, con su grandeza y con sus límites. Para él, tanto la filosofía como el amor —concebido como *eros*, como anhelo hacia la perfección—, tienen la función de elevarnos hasta el Bien sumo, aunque de formas distintas: a través del entendimiento, la primera; con la vida vivida, el amor, pero sin establecer un corte tajante entre ambos.

Giovanni Reale lo expresa más o menos con estas palabras: Eros es una fuerza que eleva hacia el Bien, y la erótica a su vez se manifiesta como una vía *alógica* [esto es, no directa y exclusivamente racional] que lleva hasta lo Absoluto.

Y tú, lector amigo, y yo, si lo pensamos bien, lo hemos experimentado tantas veces.

Amar a una persona es decirle que *sí*,
no tanto con palabras, sino con la vida entera

2. Decirlo eficazmente

Por otra parte, la confirmación en el ser generada por el amor no se configura como una veleidad, una suerte de deseo inconsistente. Muy al contrario, de manera similar a lo que sucede en el acto creador,⁸ el amor entre seres humanos

6 Si no me equivoco, en este sentido pueden también interpretarse algunas de las afirmaciones de Juan Pablo II en sus célebres catequesis sobre el amor humano. Cf., por ejemplo, las audiencias del 9 de enero de 1980 y la siguiente, del 16 de enero de ese mismo año.

7 BÉCQUER, Gustavo Adolfo: *Rimas/Leyendas/Cartas desde mi celda*. Barcelona: Planeta, 1992, Rima XI, p. 28.

8 A este respecto, y puesto que no puedo detenerme a desarrollarlo, conviene meditar los juicios de Nédoncelle: «Est-ce à dire que la volonté de promotion soit une volonté de création ? Peut-être. En principe, l'amant aspire à engendrer intégralement l'être de l'aimé. Toutefois, en fait, une conscience humaine ne peut avoir une telle prétention. Nous essayons d'affermir l'existence du toi ou de contribuer à son déploiement. Mais nous sommes toujours trop courts par quelque endroit». NÉDONCELLE, Maurice : *Vers une philosophie de l'amour et de la personne*, p. 18.

tiene como principal e inevitable efecto hacer realmente real (para el que ama) a la persona querida; conseguir que, para el amante, exista de veras.

Aunque esta afirmación resulte de entrada un tanto abstrusa, es fácil ilustrarla mediante un ejemplo.



Bastantes de nosotros, cuando damos un paseo o hacemos un viaje, cuando nos trasladamos de un lugar a otro o acudimos a un espectáculo o a una reunión, nos cruzamos con cientos e incluso miles de personas de las que no podremos decir nada en absoluto, a las que ni siquiera seríamos capaces de reconocer más tarde, y que en nada han influido ni influirán en nuestro comportamiento. Cabría

afirmar, entonces, que ninguna de ellas existe para nosotros: nos daría exactamente igual si no hubieran nacido o, en vez de ellas, fueran otras distintas las que pueblan el universo.

Por el contrario, cuando entro en casa o en mi lugar de trabajo, cuando me reúno con el grupo de amigos, colegas o conocidos, a los que sí aprecio, todos existen para mí, despiertan sentimientos y reflexiones, me instan a ocuparme de ellos, modifican mi conducta, que es la manifestación más clara de la presencia real y consecuente del otro ante mí. En otras palabras, me llevan a estar en los detalles materiales y espirituales que hagan más fecunda y gozosa sus vidas... porque sí que los advierto y vivencio como reales.⁹

La idea ha sido egregiamente expresada por Juan Ramón Jiménez, con unos acentos que no solo componen un insigne canto a la dignidad de cualquier existencia humana, sino toda una grandiosa exaltación de la maternidad. Leemos en *Platero y yo*:

9 Con sentido del humor, y en un contexto muy distinto, lo expresa bien la siguiente anécdota: «Una familia va a un restaurante y se sienta a almorzar. La camarera toma el pedido a los adultos y luego se vuelve hacia el niño de siete años: “¿Qué quieres comer?”, le pregunta. El niño mira tímidamente a su alrededor y responde: “Me gustaría comer un ‘hot dog’”. Antes de que la camarera atine a anotar el pedido, la madre tercia: “¡Nada de ‘hot dog’! Tráigale un bistec con puré de papas y zanahorias”. La camarera hace que no oye. “¿Quieres el ‘hot dog’ con ketchup o mostaza?”, le pregunta al niño. “Con ketchup”. “En seguida te lo traigo”, responde y se dirige a la cocina.

Los adultos callan anonadados. El niño los mira y dice: “¿Saben una cosa? ¡Ella piensa que realmente existo!”». MELLO, Anthony de: *Wer bringt das Pferd zum Fliegen? Weisheitgeschichten*. Freiburg, 1991, S. 96.

Siempre que volvíamos por la calle de San José estaba el niño tonto a la puerta de su casa, sentado en su sillita, mirando el pasar de los otros. Era uno de esos pobres niños a quienes no llega nunca el don de la palabra ni el regalo de la gracia; niño alegre él y triste de ver; todo para su madre, nada para los demás.¹⁰

Estas últimas palabras subrayan la colosal realidad de que para una madre, como para cualquiera que ama de veras, el hijo, hermano o amigo constituye en efecto su *todo*, lo que avalora y hace ser y ser-bueno al resto del universo. Y que ese todo no es exclusivo de uno solo de los hijos, o del marido; sino que cada uno de los seres a quienes íntimamente se estima, en fuerza del afecto y sin que en ello haya contradicción, compone el todo para la esposa y madre enamorada.

(Una vez más se comprueba que, en los dominios propiamente humanos, las leyes cuantitativas fallan: la persona es, por decirlo de algún modo, el reino de la cualidad-cualidad... algo difícil de comprender en la cultura que nos envuelve, decidida e injusta e ineficazmente centrada en la cantidad, en el número.)¹¹



El amor entre seres humanos
tiene como principal e inevitable efecto
hacer *realmente real*, para el que ama, a la persona querida

Lo más opuesto al amor

Confirmar en el ser, por tanto, hacer del sujeto querido alguien *realmente real*.

Cosa que se advertirá aún mejor si enfocamos el asunto, por contraste, desde el extremo opuesto.

Lo contrario del amor, al que se encuentra aparejada la vida, son, por un lado, la indiferencia, que actúa como si el otro no existiera: lo *ningunea*, según la

10 JIMÉNEZ, Juan Ramón: *Platero y yo*. Madrid: Taurus, 4ª. ed., 1967, p. 36.

11 A este respecto, y tal vez en parte por lo desmesurado de algunas de sus afirmaciones, sigue siendo eficaz y oxigenante la lectura de GUÉNON, René: *El reino de la cantidad y los signos de los tiempos*. Barcelona: Paidós, 1997.

eficaz expresión mexicana; y, por otro, en su sentido más sobrio, duro y certero, aunque de ordinario menos emotivo y visceral, el odio, al que va unida la muerte.

Por tanto, la indiferencia es en cierto modo más radical, puesto que supone la no-existencia del otro y obra en conformidad con ello. Mientras que el odio —de entrada menos hiriente, pues no ignora a la otra persona, sino muy al contrario, la convierte en objeto directo y a veces obsesivo del propio interés (negativo, sin duda)— resulta más activo: busca aniquilar al sujeto al que rechaza y, si puede y es auténtico y radical, lleva a cabo esa supresión.

(Piénsese, por ejemplo, en las guerras fratricidas, en los diversos tipos de terrorismo, en los ajustes de cuentas de ciertos grupos étnicos o *familias*, en los genocidios...).

Eliminar a quien se odia

Pues bien, cuando alguien no solo no ama, sino que odia, y odia de veras, lo que pretende en última instancia, y con más o menos conciencia, es eliminar el ser de lo no-querido, al menos de dos maneras:



a) Suprimirlo en cuanto otro, valorándolo solo en la medida en que sirve a mis propios gustos, pasiones o intereses: configurándolo, en certera expresión de Delibes, como un apéndice de nuestro egoísmo, como una prótesis del propio yo.¹²

b) O anularlo de forma radical, arrojándolo fuera del conjunto de los existentes o impidiendo

12 Transcribo el texto que lo resume: «He aquí la novela del hijo único. Cecilio Rubes, negociante en materiales higiénicos, representante del burgués por excelencia, ha procurado siempre apartar los obstáculos que se oponen a una vida de placer. Sin embargo un día su esposa le anuncia que espera un hijo. Cecilio va asimilando la novedad paulatinamente y cuando Cecilín —Sisí— nace, hace de él un apéndice de su egoísmo. Sisí podrá disfrutar de la vida porque para eso ha nacido en una familia próspera y, según su padre, la educación debe reservarse para los pobres. Cecilio Rubes no necesita, por tanto, educar a su hijo. Desde el primer momento le da lo que pide y muchas veces se anticipa a sus deseos colmándole de caprichos. Sisí crece en la demasía y a partir de los doce años su amigo Ventura Amo le inicia en la vida del sexo, de la que Sisí, como Cecilio, llegará a ser un insaciable degustador. Cuando Sisí cumple los dieciocho años estalla la guerra civil y aunque su padre procura por todos los medios librarle del peligro, Sisí muere en un destino sin apenas riesgo, y Cecilio Rubes, incapaz de soportar su ausencia, se quita la vida». DELIBES, Miguel: *Los niños*. Barcelona: Planeta, 1994, p. 103.

que llegue a entrar en el festín de la vida: eutanasia, aborto, contraceptivos, terrorismo, fobias racistas o de otro tipo, violencia en general...

Y cuando es toda una civilización la que, por una excesiva y no pocas veces neurótica atención de cada uno de sus miembros a sí mismo y a lo suyo —ahí está la preocupante expresión, tan extendida: «ese no es *mi* problema»—, se encuentra de algún modo dominada por el desamor, no debe extrañarnos que dé a luz a una auténtica cultura del desinterés o de la indolencia, del egoísmo, del *descarte* y, si me apuran, como se nos recuerda a menudo, incluso de la muerte.

Quando alguien odia, y odia de veras,
pretende en última instancia eliminar el ser no-querido

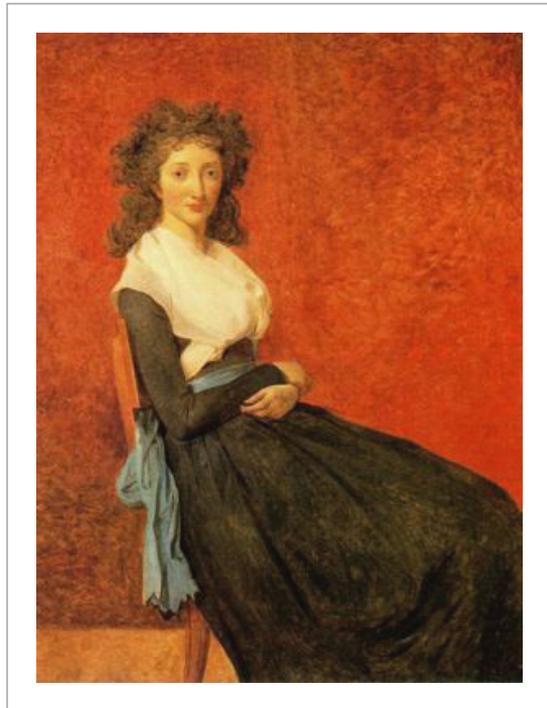
3. Decir un sí absoluto

Pero volvamos a las dimensiones afirmativas, que gozan de mayor interés. El amor intachable, acreditado, no solo confirma o corrobora en el ser a quien ama, sino que lo hace con tal franqueza y radicalidad, que —sin que se establezca por ello una malsana dependencia psíquica— aquel que nos enamora nos resulta imprescindible para *todo*: desde lo más menudo y en apariencia intrascendente hasta el conjunto del universo (y también en semejante sentido se configura como nuestro *todo*).

Esta vez ha sido Ortega quien lo ha expuesto con maestría, en el párrafo que sigue de sus *Estudios sobre el amor*:

Amar a una persona [él dice: una “cosa”, pero no me parece del todo correcto] es estar empeñado en que exista; no admitir, en lo que depende de uno, la posibilidad de un universo donde aquella persona [“aquella cosa”, sigue escribiendo él] esté ausente.¹³

A raíz de lo cual, cabría formularse un interrogante práctico, de enorme calado existencial. Sobre todo a los esposos —y, a su manera, a los novios—, podría preguntárseles: ¿eres capaz de concebir la vida sin tu cónyuge?; ¿te ves a ti mismo “funcionando” con relativa normalidad si él o ella faltan?



13 ORTEGA Y GASSET, José: *Estudios sobre el amor*. Madrid: Revista de Occidente de Alianza Editorial, 2ª. ed., 1981, p. 20.

Puntualizo:

a) No se trata de que si, por desgracia, tiene lugar el tránsito del marido o la mujer, uno no se rehaga, con la ayuda de Dios y de las restantes personas que lo quieren y arropan.

b) Sino de si ahora mismo, en este preciso instante, te sientes capaz de seguir viviendo... eliminado de tu entorno aquel a quien dices amar con locura, si *te imaginas* o *te ves* sin él.

c) Porque si la respuesta fuere afirmativa, cabría intuir que ese amor no ha madurado todo lo que sería de desear.

A este respecto, me contaba emocionado un amigo de más que mediana edad: «después de muchos años de convivencia y de trabajo esforzado para sacar adelante sin suficientes recursos a una familia numerosa, mi madre se puso enferma de cierta gravedad; tuvimos que trasladarla, desde donde vivíamos, a una ciudad lejana pero importante, donde fue intervenida; durante la operación, sentado en una banqueta en medio del pasillo, vi por primera y última vez en mi vida a mi padre —un metro noventa y más de cien quilos de peso— llorando, desconsolado, a lágrima viva; intenté mitigar su dolor, y solo logré escuchar una y otra vez de sus labios temblorosos y estremecidos: “pero yo, ¿qué voy a hacer sin tu madre?, ¿qué va a ser de mí si se me muere?”».

No es un hecho infrecuente, todo lo contrario. Pero la emoción de mi amigo, bastantes lustros después de que ocurriera el suceso, me transmitía con fuerza incomparablemente más viva de lo que yo alcanzo a exponer la realidad que con la anécdota intento iluminar.

**Amar a una persona es estar empeñado en que exista;
no admitir, en lo que depende de uno,
la posibilidad de un universo
donde aquella persona esté ausente**

Tranquilidad.

En casi todas las situaciones, las prisas excesivas y las ambiciones desmesuradas son malas consejeras. Lo correcto y fructífero, además de gratificante, es llegar en cada momento hasta el límite de lo posible... tal vez intentando avanzar un poco más y dejar el alma preparada para la próxima conquista. Pero las pretensiones desmedidas desembocan por fuerza en el desánimo, además de provocar tensiones innecesarias.

La vida humana, y casi todo lo que tiene lugar en ella, se extiende y dilata a lo largo del tiempo.

Respetar el *tempo* de cada actividad, concédele su propio despliegue, su ritmo y su cadencia, en lugar de intentar imponerle violentamente los tuyos.

Ayuda para la reflexión personal

- Las páginas que preceden han tratado bastante del amor, y algo del odio, uno de sus contrarios; el otro, tal vez más desolador y aún más difundido, sería la indiferencia. Te invito a que reflexiones de nuevo sobre lo que distingue a ambas actitudes negativas, la indiferencia y el odio.

- Después, te agradecería que dedicaras unos minutos a pensar qué quiere decir suprimir al otro en cuanto otro, lo que constituiría, según he expuesto, uno de los modos de odiar, tal vez el más común en nuestros días... y el más inadvertido o incluso a veces considerado inevitable y correcto.

- También podría aprovecharte reflexionar sobre este extremo concreto: el odio radical desea y, si puede, procura la muerte al ser aborrecido; pero, ¿qué efectos tiene sobre el que odia?

- Cambio de tercio. Escribí antes, más o menos: «... el amor intachable, acreditado, no solo confirma o corrobora en el ser a quien ama, sino que lo hace con tal franqueza y radicalidad, que aquel que nos enamora nos resulta imprescindible... para todo». ¿Imprescindible? ¿No late a lo largo de cuanto llevamos visto la idea de que el crecimiento personal es, a la par y en fin de cuentas, un aumento en nuestra condición de seres libres, autónomos? ¿Cómo se concilian ambas cosas?, ¿cómo pueden compaginarse una libertad creciente con la absoluta necesidad de la existencia de otra persona, de la que el enamorado parece depender? Merece la pena que lo consideres unos minutos y des una respuesta a esta pregunta: tal vez te ayude a encontrar el punto débil de algunas maneras de argumentar hoy muy de moda (¿incluidas las mías?).



II. Comprobación positiva

¡Pongámonos de nuevo en forma!

¡Alerta!

Existen muchas maneras de leer o estudiar un escrito y de observar la realidad. Con relativa frecuencia, dejamos sin percibir ciertas propiedades o caracteres de una persona, animal o cosa por simple falta de interés o de atención.

También ocurre con los libros. Si no *activamos activamente* nuestra inteligencia, nos quedaremos sin percibir lo mejor que pudieran contener, sobre todo si goza de cierta hondura y exige un esfuerzo de comprensión.

Por eso, no estaría de más que intentaras responder a las preguntas que siguen.

- Si estás conforme con lo que vengo diciendo, será porque de un modo u otro lo has experimentado en tu vida o en la de quienes te rodean. ¿Podrías mencionar o recordar alguna de esas *experiencias*? ¿Has sentido alguna vez que *el mundo entero* se transformaba, para bien o para mal, por la presencia o la falta de alguien muy querido? ¿No te parece una reacción desmesurada, carente de mesura, es decir, de medida?
- En cualquier caso, y siempre según lo que a ti te ha ocurrido, ¿consideras que el amor se manifiesta mejor en los momentos de júbilo o en los de tristeza, en los de gozo o en los melancolía y desencanto? Extiéndete un poco y despliega las razones de tu respuesta.
- En tu opinión, ¿son más fuertes y hondas las alegrías que provoca el amor o las penas y sinsabores que origina su ausencia, total o parcial, una vez que lo has *probado*? Si te dieran a elegir entre un gran amor, con sus luces y sus sombras, y una existencia no baqueteada por ningún cariño, ¿cuál elegirías?
- Suponiendo que has optado por el amor —que es, sin duda, lo que yo haría... y he hecho—, intenta responderte y responderme: ¿por qué?

Y ahora me toca a mí, no te preocupes.

1. "Quando m'innamoro..."

Cuanto vengo exponiendo presenta dos claras ratificaciones: una afirmativa y otra, como parece lógico, negativa.

Confirmación radiante

Vayamos con la primera, con la *comprobación* gozosa.

Se da, de una forma paladina, en el enamoramiento: cuando uno se enamora —o, cuando después de veinticinco, treinta o más años de unión conyugal sigue incrementando su amor apasionado, que para eso está el matrimonio, como ya dije—, no solo es que el ser querido resulte maravilloso, excepcional, sino que el conjunto de cuanto le rodea y existe resplandece con una luz nueva, con un esplendor, con unas irisaciones... absolutamente desconocidos fuera de la condición de enamorado.

Y aquí podrían recordarse un sinnúmero de poemas, baladas y tonadas que manifiestan intuitivamente el brillo particular de la entera naturaleza, como consecuencia de la transformación que quien enloquece de amor experimenta al hilo y vigor de ese cariño.



Paradigmática resulta, a los efectos, la conocida canción latinoamericana:

♪♪ Hoy todo me parece más bonito, hoy canta con más fuerza el ruiseñor... Estoy contento, yo no sé qué es lo que siento, voy cantando como el río y como el viento... ♪♪

Y, en ámbitos más cultos y con términos bastante altisonantes, la siguiente afirmación de Lucrecio:

Sin ti nada nace a la clara luz del día, ni hay cosa alguna jocunda ni amable.

O, con otra traducción, más serena:

... y sin ti nada emerge a las divinas riberas de la luz, y no hay sin ti en el mundo amor ni alegría.

O, por fin, con las certeras palabras de Alberoni, el sociólogo italiano varias veces citado:

El enamorado desea amor incluso si sufre, incluso si se atormenta. La vida sin amor le parece estéril, muerta e insoportable. La persona a la que amamos no es solamente más hermosa y deseable que las otras. Es la *puerta*, la única *puerta* para penetrar en este nuevo mundo, para acceder a esta vida más intensa. Es a través de ella, en presencia de ella, gracias a ella, como encontramos el punto de contacto con la fuente última de las cosas, con la naturaleza, con el cosmos y con lo absoluto. Entonces nuestro lenguaje habitual se vuelve inadecuado para expresar esta realidad interior. Espontáneamente descubrimos el lenguaje del presagio, de la poesía y del mito.¹⁴

Pues, como señala Gautier, y considero la afirmación de una hondura poco común, aunque cueste un tanto percibirla —sobre todo cuando se la está experimentando—, «supone ya una gran felicidad poder amar, aun no siendo correspondido».¹⁵

El amado es la puerta, la única puerta
que nos da acceso a un mundo enriquecido

¿Razones?



Intentaré apuntar los motivos del enriquecimiento general del que me estoy ocupando.

Hace ya bastante tiempo, en un trabajo especializado cuyo tema era la belleza, llegué a la conclusión de que esta podía definirse como el ser llevado a plenitud y hecho presencia: desplegado hasta su culmen y brillantemente manifiesto.¹⁶

Y hacía ver, de acuerdo con la tesis más clásica de la historia de Occidente, que semejante plenitud requiere la integridad; que una obra artísticamente inacabada difícilmente es bella; y que, por el contrario, lo que conocemos como toque maestro, ese detalle final propio del genio,

14 ALBERONI, Francesco: *Te amo*, p. 54.

15 «Quel malheur pour moi de vous avoir connu ! et pourtant, si la chose était à refaire, je voudrais encore vous avoir connu [...]. Vous avez été un éclair de ma nuit, et vous avez ouvert dans ma vie des perspectives toutes nouvelles. — Je vous dois de connaître l'amour, l'amour malheureux, il est vrai, mais il y a à aimer sans être aimé une charme mélancolique et profond, et il est beau de se ressouvenir de ceux qui nous oublient. — C'est déjà un bonheur que de pouvoir aimer même quand on est seul à aimer, et beaucoup meurent sans l'avoir eu, et souvent les plus à plaindre ne sont pas ceux que aiment». GAUTIER, Théophile : *Mademoiselle de Maupin*. Paris : Gallimard, 1973, chapitre VI, p. 195.

16 Cf. MELENDO, Tomás: *Esbozo de una metafísica de la belleza*. Cuadernos de Anuario filosófico, núm. 96. Pamplona: Facultad de Filosofía, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2000.

es capaz de transformar un trabajo incluso mediocre, por estéticamente inconcluso, en un prodigio de hermosura.

Pues bien, aquel a quien amo vendría a ser como el toque genial del propio cosmos: el que completa al mundo, me lo acerca, y hace que todo él reverbere con un vigor y una intensidad, con unos resplandores y centelleos que unos momentos antes de enamorarnos resultaban imposibles de atisbar e incluso de predecir.

La persona amada es como el toque genial del propio cosmos,
que completa al mundo, me lo acerca,
y hace que reverbere con un vigor y una intensidad
que unos momentos antes de enamorarme no podía ni suponer



Transfiguración

Cuando el amor hace presa en nosotros, todo revive, se transfigura y transmuta, incrementa su categoría, manifiesta su radiante brillantez.

En relación con la vida matrimonial, lo ha expresado certeramente Rafael Morales:

Yo estaba junto a ti. Calladamente / se abrasaba el paisaje en el ocaso / y era de fuego el corazón del mundo / en el silencio cálido del campo. // Un no sé qué secreto, sordo, ciego, / me colmaba de amor; yo ensimismado, / estaba fijo en ti, no comprendiendo / el profundo misterio de tus labios. // Puse mi boca en su insistencia pura / con un temblor casi de luz, de pájaro, / y vi el paisaje convertirse en ala / y arder mi frente contra el cielo alto. // ¡Ay, locura de amor!, ya todo estaba / en vuelo y en caricia transformado... / Todo era bello, venturoso, abierto... / y el aire ya tornóse casi humano.¹⁷

17 MORALES, Rafael: "El corazón y la tierra"; en *Obra poética*. Madrid: Selecciones Austral, Espasa-Calpe, 1982, p. 68.

También resultan reveladoras estas palabras de Alberoni. En un libro un tanto desigual, como bastantes de los suyos, pero con pasajes realmente logrados, afirma: cuando el amor se aposenta en nosotros,

... toda nuestra vida física y sensorial se dilata, se hace más intensa; sentimos olores que no sentíamos, percibimos colores, luces que no veíamos habitualmente, y también se amplía nuestra vida intelectual porque descubrimos relaciones que antes creíamos opacas. Un gesto, una mirada, un movimiento de la persona amada nos habla hasta lo más íntimo, nos habla de ella, de su pasado, de cuando era un niño o una niña; comprendemos sus sentimientos, comprendemos los nuestros. En los otros y en nosotros mismos intuimos de pronto lo sincero y lo que no lo es y solo porque nos hemos vuelto sinceros.¹⁸

Experimentamos entonces
— prosigue Alberoni — deseos

... de estar en el cuerpo del otro, un vivirse y un ser vivido por él en una fusión corpórea, que se prolonga como ternura por las debilidades del amado, sus ingenuidades, sus defectos, sus imperfecciones. Entonces logramos amar hasta una herida de él transfigurada por la dulzura.¹⁹

Y, en otro lugar, anticipando ideas que veremos de inmediato, escribe:



El enamoramiento nos hace amar al otro por lo que es, hace amables incluso sus defectos, incluso sus carencias, incluso sus enfermedades. Cuando nos enamoramos es como si abriéramos los ojos. Vemos un mundo maravilloso y la persona amada nos parece un prodigio del ser. Cada ser es, en sí mismo, perfecto, distinto de los otros, único e inconfundible. Así agradecemos a nuestro amado que exista, porque su existencia nos enriquece no solo a nosotros mismos, sino también al mundo. Escribe Propertio: *“Tu mihi sola domus, tu, Cynthia, sola parentes, omnia tu nostrae tempora laetitiae”*. No dice solo “me gustas, te deseo”, sino “Tú sola eres mi casa, Cintia, solo tú mis padres; tú, todos los momentos de mi dicha”.²⁰

2. Los defectos del cónyuge

Aunque más adelante vuelva quizá sobre el asunto, no estarán de más un par de reflexiones en torno a los defectos del ser querido. En concreto, de los del cónyuge, que son, probablemente, los que más problemas nos causan.

18 ALBERONI, Francesco: *Enamoramiento y amor*. 6ª. ed. Barcelona: Gedisa, 1996, p. 17.

19 ALBERONI, Francesco: *Enamoramiento y amor*, p. 17.

20 ALBERONI, Francesco: *Te amo*, p. 16.

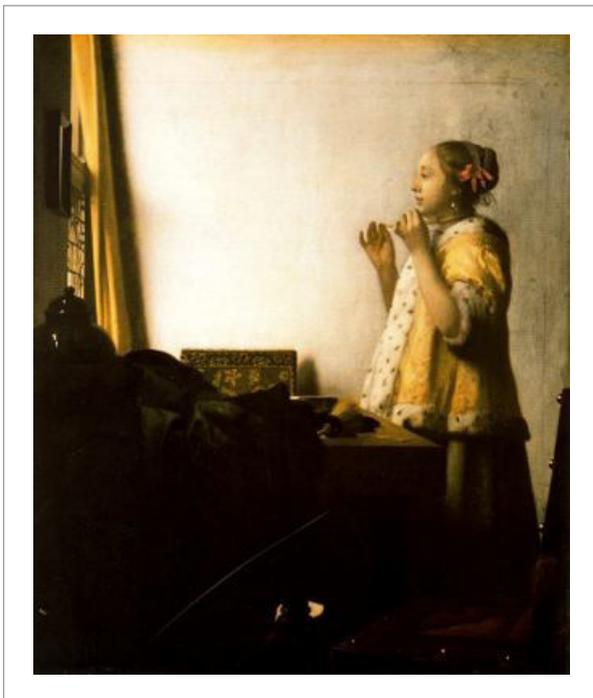
En tres etapas

Medio en broma, medio en serio, me decía un amigo que con ellos ocurre algo bien curioso.

a) Durante la época de noviazgo, podemos llegar al convencimiento —un tanto ingenuo— de que tales carencias no existen en la persona amada; o, más bien, es posible que partamos de semejante convicción y que nos mantengamos firmes e incommovibles en ella:

— Y no porque nuestro novio o novia haga ningún tipo de esfuerzo particular para ocultarlas o simplemente las disimule.

— Sino porque los ratos que pasamos juntos, precedidos del anhelo por encontrarnos con quien más queremos, son los mejores del día: de ordinario, nos hallamos especialmente relajados y llenos de júbilo y, movidos por auténtico cariño, justo para hacerlo feliz, le mostramos sin ni siquiera advertirlo nuestra faz más amable, lo mejor y más atractivo de nosotros mismos.



b) Más adelante, incluso en el mismo viaje de novios o en la noche de boda —me comentaba con gracia—, esos defectos se nos muestran con toda su crudeza, tercios y mostrencos: podrían ser el inesperado *ronquido* de aquel con quien nos acabamos de casar, su continuo dar vueltas en la cama, la tendencia inadvertida a ocupar en ella el lugar que *nos corresponde*...

c) Y como no los habíamos descubierto en los meses previos al matrimonio, como nos desconciertan y tienden a desfigurar la imagen un tanto idílica que nos habíamos forjado, y como a nosotros nos resulta tan fácil evitarlos —porque no son *los nuestros*, los que realmente *nos* parecen o resultan invencibles—, podemos incluso llegar a concluir, pasando al extremo contrario, que nuestro cónyuge obra de esa manera desafortunada... precisamente para molestarnos.

(No me lo estoy inventando: lo he oído un buen montón de veces de labios de un marido o de una esposa que piensan que su matrimonio no está funcionando).

Del "no tiene defectos" podríamos pasar al
"solo lo hace para fastidiarme"

¡Más defectos!

Aunque en el fondo constituya una verdad de Perogrullo, a menudo no advertimos que los únicos defectos que a cada uno nos suponen esfuerzo y lucha son los nuestros; y estos se nos presentan como insuperables, y fácilmente los disculpamos, precisamente porque advertimos la dificultad de eliminarlos: ¡la *vivimos* en carne propia!

Por el contrario, los defectos de los demás, *si no* coinciden con los propios y más aún si se acercan a nuestras *fortalezas* —o a nuestras manías, que todo podría ser—, nos parecen sencillísimos de suprimir: de ahí que, en cuanto nos descuidamos, los calificamos como extravagancias, chiquilladas o, según apuntaba, como una manera especialmente hiriente e inoportuna que utilizan quienes nos rodean para hacernos la vida imposible.

De otro lado, vale la pena advertir que no cabe considerar como defecto de otra persona simplemente algo que nos molesta, porque choca contra nuestro propio modo de ser, sino un déficit que de hecho suponga para ella una merma real o la incapacite para el armónico desarrollo de su humanidad.²¹

A todo lo anterior habría que agregar que, de ordinario, habiendo vivido durante años en el seno de la propia familia, con unos modos de actuar relativamente estables, de manera inconsciente —puesto que no conocemos otro— concluimos que ese, el de siempre en nuestro hogar, es *el* modo normal, correcto y *bueno* de hacer las cosas.

Lo que lleva consigo que, en la práctica totalidad de los casos, tras la boda exista un buen número de comportamientos de nuestro cónyuge —y de su familia— que nos desconciertan, nos incomodan o incluso nos parecen inadecuados e erróneos ¡y éticamente reprobables: malos!



²¹ Es decir, algo que realmente lo *dañe* porque hace daño a quienes lo rodean... o viceversa: si lo meditamos con calma, advertiremos —como otra especie de círculo virtuoso, o de círculo vicioso— el más hondo sentido de la *reciprocidad*. Es bueno para cada uno lo que, en él, ayuda a los demás; es malo, lo que perjudica a los otros. O, visto desde la otra orilla: solo nos hacemos daño cuando perjudicamos a los demás; solo nos hacemos bien cuando beneficiamos a los otros.

En definitiva, para salir de este atolladero, que puede llevar hasta la ruptura del matrimonio, se trataría de distinguir bien, como he explicado otras veces,²² entre auténticos *defectos*, simples *limitaciones* y elogiables y muy deseables — aunque a veces molestas — *diferencias* en el modo de ser y de obrar de los demás.



Si no tenemos en cuenta esas distinciones y todo lo que implican, minucias como las de dormir con la ventana abierta o cerrada, leer o no en la cama, disponer la mesa, los cubiertos y la comida de un modo u otro, tener un horario inamovible o una elasticidad en función de las necesidades, de la simple disponibilidad o incluso de la mera costumbre... pueden transformarse en montañas insuperables que acaban por dar al traste con un matrimonio que contaba con todas las posibilidades de salir adelante y hacer muy felices a sus componentes, en buena medida incluso gracias a la amable superación de tales obstáculos.

Lo cual me lleva a hacer todavía un comentario (casi iba a decir que lo siento). Unas páginas atrás afirmaba que amamos con todo lo que somos... ¡y con todo aquello de lo que carecemos! Y me refería, muy particularmente, a este tipo de insuficiencias: nuestros defectos.

La verdad es que pueden transformarse en algo insufrible, en particular para nosotros mismos... que tanto tiempo llevamos *aguantándonos*. Pero también que, con la experiencia que da el paso de los años y un sereno batallar contra ellos, podemos convertirlos en instrumento de amor:

a) En primer término, porque —después de lo dicho— deberían hacernos más comprensivos con las *manías* de los otros.

b) Además, porque —con una pizca de buen humor: riéndonos de nosotros mismos— no es muy difícil utilizarlos como medio para hacer más amable la vida a quienes nos rodean, trayéndolos expresa y *escandalosamente* a colación justo cuando alguno de nuestros hijos, o nuestro cónyuge, se sienten desanimados por la reiteración de sus propias faltas.

Cuando los dos miembros del matrimonio están dispuestos a luchar de veras —si no, por favor, detenga aquí la lectura—, el propio combate sirve como

22 Una exposición relativamente sencilla y breve puede encontrarse en la Web de *Edufamilia*, en cuatro pequeños artículos, titulados: 1) *Corregir defectos*; 2) *Corregir defectos (y 2)*; 3) *Defectos, ¿limitaciones?, ¿diferencias!*; 4) *Para ayudar a mejorar...* (www.edufamilia.com)

lenitivo para el batallar del esposo o la esposa, consigo mismo/a... y con cada uno de los hijos.

Cuando los dos miembros del matrimonio
están dispuestos a luchar de veras,
el propio combate ayuda a cada uno de ellos
a comprender el que el otro o la otra libran consigo mismo/a...
y con cada uno de los hijos



¡Y más todavía!

Volviendo a los defectos y al itinerario normal de un matrimonio normal (en el que los dos quieren eficazmente la felicidad del otro: esa es *la norma*, aunque no necesariamente lo más *habitual*), con el tiempo, sobre todo cuando se continúa alimentando y crece el auténtico cariño, las aguas vuelven a su cauce o, más bien, se adentran por las vías definitivas.

a) Marido y mujer, movidos por un amor más templado y de más quilates, guerrear efectivamente por evitar todo aquello que pudiera perturbar la paz y la armonía familiar.

— No *cambian* de manera radical —excepto en ocasiones muy contadas—, porque semejante cambio resulta muy difícil entre los seres humanos.

— Pero *mejoran*: buscan los medios de hacer que aquellos detalles que en buena medida no pueden soslayar, se tornen para el otro cónyuge menos gravosos (cada vez estoy más convencido de que cualquier ser humano se acerca al momento de la muerte casi con los mismos defectos que lo han acompañado durante años, pero mejor conocidos y muy, muy *luchados*: tanto como el amor que le mueve a intentar evitarlos o suprimirlos).

b) Y ese empeño por complacernos, a la vista de su congénita flaqueza, provoca en el otro componente del matrimonio auténtica ternura. Entonces —como afirmaba Alberoni— logramos amar hasta una herida de él transformada por la dulzura.²³

c) Y esa nueva visión del ser amado, más realista y mucho más cordial, sigue transfigurando el universo y el conjunto de acontecimientos de la vida dentro y fuera del hogar, que se nos tornan cercanos y familiares, también ellos afectados por déficits y lagunas cuya principal misión acaba por ser la de realzar, por contraste, la bondad y la belleza constitutivas de todo cuanto existe: luces que no pueden sino proyectar también las respectivas sombras, más densas y dilatadas conforme sigue aumentando el fulgor de los fragmentos iluminados.

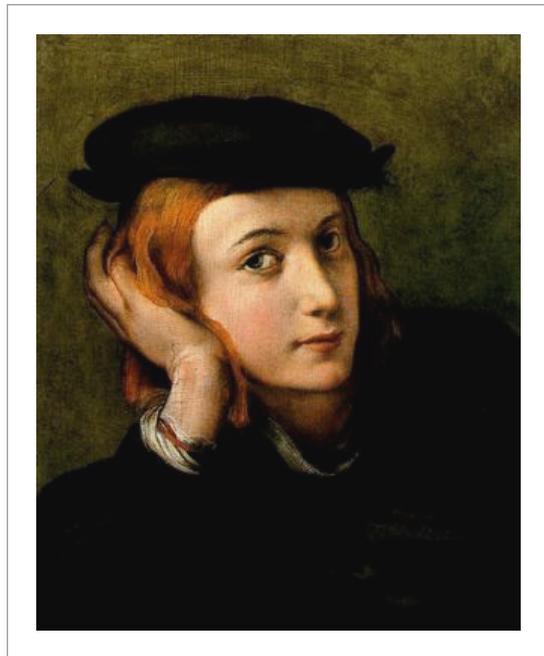
Las personas somos capaces de perfeccionarnos
en proporción directa al amor que nos dan:
es decir, avanzamos mucho cuando nos quieren mucho
y es casi imposible que mejoremos si nadie nos ama de veras

La actitud conveniente

Conviene aquí recordar hasta qué extremos la actitud que adoptamos ante nuestro entorno —personas y situaciones— interviene en la percepción que de todo ello tenemos. Como afirma Kümelin, la felicidad de la vida está condicionada generalmente menos por los factores externos que por estados fundamentales que predominan sobre el ánimo.

Más amplia y detalladamente, enseña Elisabeth Lukas, la principal discípula y continuadora de V. Frankl:

De la actitud que una persona adopta



23 Quizá a bastantes de los que me leen este conjunto de afirmaciones se les antoje ingenuo o utópico. No quiero apelar, para convencerlos de lo contrario, ni a mi propia experiencia ni a la de tantos buenos amigos que lo viven mucho mejor que yo.

Simplemente les pediría que reflexionen sobre el hecho de que semejante actitud la adoptamos de manera natural y nada forzada con nuestros hijos pequeños y a veces no tan pequeños. Y recordarles, tras la huella de un sacerdote santo del siglo pasado, y modificando cada quien cuanto estime oportuno, que a nuestro cónyuge —en especial, al marido, pero también a la esposa— hemos de verlo tantas veces como al menor y más necesitado de nuestros hijos o hijas.

Cualquier ser humano, por más adulto y maduro que nos parezca y en efecto lo sea, resulta a la vez tan frágil que solo una mirada repleta de comprensión y cariño aviva su felicidad y su crecimiento como persona.

frente a su destino depende casi todo el daño que este pueda ocasionarle. La actitud interior tiene una enorme importancia. Con una actitud positiva se puede sacar provecho hasta de la situación más amenazadora, mientras que, con una actitud negativa, hasta una estancia en el Paraíso puede resultar insoportable. Hay un chiste que retrata sabiamente esta realidad. En un autobús atiborrado de pasajeros, una chica le dice a su novio: “¡Es espantoso este gentío!”, a lo que su acompañante le contesta: “Pues anoche, en la discoteca, lo llamabas ‘ambiente’”. La actitud interior ejerce un poder sobre el bienestar y la infelicidad, las esperanzas y las expectativas.²⁴

Aunque ya lo haya esbozado y más adelante lo estudiaré con detenimiento, advierto de nuevo que en cualquier familia el tono de alegría y buen humor, que lleva a ver lo bueno que siempre anida incluso en las circunstancias más adversas, constituye una de las claves fundamentales para que los problemas se relativicen y disuelvan, incluso antes de aparecer, y asegura una pacífica, divertida y muy jugosa convivencia.

Ese ver lo bueno puede tener raíces diversas, pero se torna prácticamente infalible cuando estas son muy hondas o, pues viene a ser lo mismo, muy *altas*.

Lo muestra este texto de San Agustín:

... porque es buena la tierra con sus altas montañas, sus onduladas colinas, sus campos llanos; bueno es el terreno variado y fértil, buena la casa amplia y luminosa, con sus habitaciones dispuestas con armoniosas proporciones; buenos los cuerpos animales dotados de vida; bueno es el aire templado y saludable; buena la comida sabrosa y sana; [...] bueno es el hombre justo y buenas las riquezas que nos ayudan a quitarnos problemas de encima; bueno el cielo con el Sol, la Luna y las estrellas; buenos los ángeles por su santa obediencia; buena la palabra que instruye de modo agradable e impresiona de manera conveniente al que la escucha; bueno el poema armonioso por su ritmo y majestuoso por sus sentencias.²⁵

[Y también es bueno, que me perdone San Agustín, lo que advertimos en nosotros que no es bueno, precisamente porque lo vemos y aceptamos y actuamos en consecuencia.]

A un nivel superior se sitúa este otro pasaje de un santo contemporáneo:

Acostúmbrate a elevar tu corazón a Dios, en acción de gracias, muchas veces al día. —Porque te da esto y lo otro. —Porque te han despreciado. —Porque no tienes lo que necesitas o porque lo tienes.

Porque hizo tan hermosa a su Madre, que es también Madre tuya. —Porque creó el Sol y la Luna y aquel animal y aquella otra planta. —Porque hizo a aquel hombre elocuente y a ti te hizo premioso...

Dale gracias por todo, porque todo es bueno.²⁶

24 LUKAS, Elisabeth: *Paz vital, plenitud y placer de vivir: Los valores de la logoterapia*. Barcelona: Paidós, 2001, p. 121.

25 AGUSTÍN DE HIPONA: *De Trinitate*, VIII, 3, 4-5.

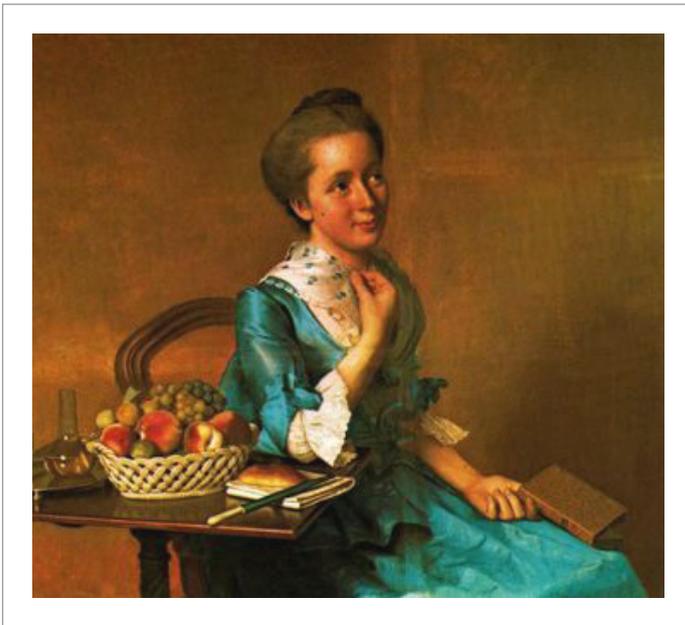
26 ESCRIVÁ DE BALAGUER, Josemaría: *Camino*. Madrid: Rialp, núm. 268.

Con una actitud positiva, se puede sacar provecho
incluso de la situación más amenazadora;
por el contrario, con una actitud negativa,
hasta una estancia en el Paraíso puede resultar insoportable

3. Nuestra propia mejora

Mejora personal = incremento del amor

Pero hay más. Con el amor no solo se pule, acrisola e incrementa aquello que nos rodea y, muy en particular, el ser a quien queremos. El embellecimiento es total. Por tanto, también nos completamos nosotros, cambiamos de clave, de calidad.



En un libro ya antiguo, dirigido a adolescentes, aseguraba el doctor Carnot:

Un buen día, sin saber por qué, está uno alegre, se siente mejor. Todo parece más amable en derredor. Se tienen ganas de reír y de cantar, de caminar a grandes pasos a través de las calles. Se está mejor dispuesto para el trabajo. Al mismo tiempo, descubrimos en nosotros mismos una fuerza desconocida que nos empuja al deseo de realizar algo grande. Tenemos necesidad de salir de nosotros mismos, de abrirnos. Nos volvemos más cordiales, más generosos, más entusiastas, más benévolos para con todo el mundo. ¡Ha nacido el amor!²⁷

Acaso estas palabras adolezcan de un tono en exceso sentimental o aparentemente hiperbólico. Pero lo que dicen no es una simple metáfora. Veremos que una de las verdades más profundas de la antropología de todos los tiempos, y en la que han insistido los mejores de nuestros contemporáneos, es que el amor nos perfecciona, que nos hace crecer hasta límites pocas veces sospechados.

Más aún, como suelo repetir por activa y por pasiva —y he traído a colación ya en este escrito—, solo el *amor inteligente* es capaz de hacer progresar al hombre,

27 Doctor CARNOT: *El libro del joven*. Barcelona: Herder, 17ª. ed., 1989, pp. 181-182.

no desde puntos de vistas sectoriales —profesión, aptitudes, capacidades físicas, destrezas, imagen...—, sino justo en cuanto persona.

También lo sostenía Wojtyła, ya desde sus primeros años de sacerdocio:

A la gente le gusta creer que Wujek querría ver casado a todo el mundo. Pero se trata de una imagen falsa. El problema más importante lo constituye en realidad otra cosa. Todo el mundo [...] vive, por encima de todo, por el amor. La capacidad de amar de modo auténtico, y no la gran capacidad intelectual, constituye la parte más profunda de una personalidad. No es accidental que el mayor de los preceptos sea el de amar.²⁸

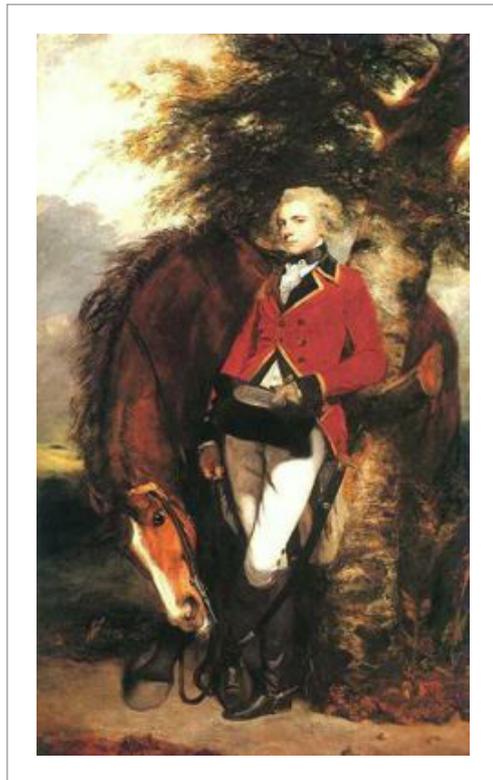
Distintos modos de revelarse

Esta principalidad del amor ha tenido diversas manifestaciones a lo largo de la historia. A la espera de un desarrollo temático posterior, valga como botón de muestra la siguiente reflexión de Marías respecto al *amor cortés*:

El hombre va a desear y admirar ciertas condiciones en la mujer: la gentileza, la compasión, si es posible el *intelletto d'amore*; pero la mujer va a exigir también: cortesía, destrezas, esfuerzo, valor, sacrificio, decir cosas hermosas [¡Qué bien queda esto último reflejado en *Cyrano de Bergerac!*]. Es el doble motor de la mutua perfección, que se despliega, enriquece y transforma en el Renacimiento, y se diversifica en estilos nacionales.²⁹

(Por eso, cuando la mujer resulta demasiado “fácil”, cuando se entrega sin pedir apenas nada a cambio, impide al varón —o, al menos, no lo provoca— el crecimiento del esfuerzo de la conquista. Y lo mismo debe decirse de este en relación con ella.)

Es lo que, como resumen de la confirmación alborozada del amor que corrobora en el ser a cuanto con él se relaciona, recogen estas nuevas palabras de Rafael Morales, que nos aseguran que todo —hombre



28 Citado en WEIGEL, George: *Testigo de esperanza: Biografía de Juan Pablo II*. Barcelona: Plaza & Janés, 1999, p. 149.

Y, de nuevo, Cardona lo expone desde la perspectiva metafísica: «Solo el amor de benevolencia cualifica radical y éticamente al hombre como bueno. Y es ese amor el que lo personaliza, el que hace de él realmente una persona, una “buena persona”. En tanto que su privación, la reduplicación del amor propio, la elección del amor de sí incondicionado, lo cosifica al ensimismarlo (sería el *pour-soi* sartriano). Y es también aquel amor de libertad el que personaliza al otro ante uno mismo; o lo cosifica intencionalmente, hace del otro una cosa —un simple objeto de placer o de utilidad— en cuanto está de mi parte». CARDONA, Carlos: *Ética del quehacer educativo*, p. 100.

29 MARÍAS, Julián: *La educación sentimental*, p. 82.

y mundo—, tocado por el nervio alado del amor, despliega su propia energía configuradora, hasta alcanzar, de forma paulatina, su plenitud final.

Nos dice el poeta:

Pero tú no eres libre, no lo eres, / hombre sin nadie, hombre que no amas; / estás solo en la tierra: nada eres, / oh, prisionero de divina ansia. // Llena de amor tus labios y tu frente / y confunde tu alma en otra alma, / y todo el cosmos girará contigo, / pleno de dicha, como inmensa ala.³⁰

También lo afirma Alberoni:

El amor no solo crea en nuestra mente metáforas poéticas, sino que agudiza nuestro gusto estético, nuestra capacidad de percepción. Los enamorados saben ver cosas que nunca jamás volverán a ver, colores que ya no podrán encontrar. Y esas sensaciones son indelebles. Incluso cuando un amor acaba mal. La remoción no puede nada contra esta transfiguración del mundo.³¹

**Solo el amor inteligente es capaz de hacer progresar al hombre,
no desde puntos de vistas sectoriales,
sino justo en cuanto persona**

Paciencia.

Ya deberías haber comprobado que el trabajo intelectual tiene unos ritmos y unas exigencias, que conviene no forzar. No compensa proponerse comprender del todo, y a la primera, una realidad relativamente compleja, que incluso puede exceder la capacidad de intelección de cualquier ser humano. Confórmate con ir avanzando en sabiduría paso a paso, con empeño, pero también con moderación, como quien recibe un regalo maravilloso e inmerecido.

Disfrutarás mucho con el estudio... y con la misma vida.



30 MORALES, Rafael: "Soledad"; en *Obra poética*, p. 70.

31 ALBERONI, Francesco: *Te amo*, p. 164.

Ayuda para la reflexión personal



- «... cuando uno se enamora (...) no solo es que el ser querido resulte maravilloso, excepcional, sino que el conjunto todo de cuanto le rodea y existe resplandece con una luz nueva, con un esplendor, con unos armónicos absolutamente desconocidos fuera de la condición de enamorado». Además de un tanto pretenciosa, que lo es, ¿te parece exagerada esta afirmación? Si así fuera, ¿en qué sentido? Si, por el contrario, la consideras acertada, ¿podrías justificarla?, ¿con la vida?, ¿con el pensamiento?

- ¿Qué sucede con los defectos propios y los de las personas que nos rodean?, ¿en qué sentido la lucha que los nuestros implican y la incapacidad para vencerlos de una vez por todas nos impide o ayuda a captar correctamente lo que ocurre a los otros con los suyos?

- Existe una tendencia bastante común a considerar como defecto de otra persona todo aquello que nos incomoda. Para evitar caer en este peligro he propuesto una distinción, que considero sencilla... una vez que uno piensa sobre ella. ¿Recuerdas qué es lo que conviene distinguir?

- Para que no tengas que volver atrás, te había invitado a meter en distintos sacos: *a)* las diferencias, *b)* las limitaciones y *c)* los defectos. Supuesto que aceptes esa distinción, ¿cómo caracterizarías, sin posibilidad de error, un “auténtico defecto”?

- En el texto hablaba de una *reciprocidad* o *circularidad* que considero interesante, porque resume o compendia la condición personal: lo más característico de la persona humana. Expresado de manera negativa, puede formularse así: «solo podemos mejorar en la medida en que ayudamos a desarrollarse a los otros; solo nos hace daño —es un auténtico defecto— aquello que perjudica a los demás».

- Te invito a que reflexiones sobre esta convicción mía, para ver hasta qué punto estás de acuerdo con ella o te parece errónea o exagerada o, de nuevo, utópica.

- Y también a que intentes averiguar por qué la califico como algo caracterizador de la persona en cuanto persona. No es sencillo, pero tal vez te resulte fecundo.

- En la misma línea, pienso que habría que rectificar la pretensión, tan reiterada, de que «mi libertad termina donde comienza la de los demás». Aunque lo que sostiene no es falso, sí resulta demasiado pobre. La verdad más auténtica y atractiva es que «mi libertad solo crece real y eficazmente cuando ayuda a desarrollar la libertad de los otros». ¿Estás de acuerdo?, ¿por qué... o por qué no?

III. Comprobación negativa

¡Ánimo, que ya hemos pasado el Ecuador!

¡Alerta!

Te recuerdo que existen muchas maneras de leer o estudiar un escrito y que, con frecuencia, no advertimos lo que tenemos ante nuestra vista por la sencilla razón de que *no* lo abordamos con el suficiente interés.

Y lo mismo ocurre con cualquier texto. Si no *atendemos atentamente* a lo que en él se expresa, nos resultará insulso y sin garra.

De ahí que te pida, una vez más, que *le des vueltas* en tu cabeza a lo que viene a continuación.

- Sé que las páginas anteriores han mostrado tal vez la cara más amable del amor. No la utópica y falsa —pues de lo contrario, por pura honradez intelectual y humana, no la habría descrito—, sino la que podemos cada uno lograr, con empeño, si en efecto nos convencemos de que somos capaces y de que lo son cuantos nos rodean. Ahora me gustaría que recordaras los pesares y desencantos que amar lleva consigo: no porque falte el cariño —que también pudiera ser—, sino justamente porque amamos y somos amados, y eso da un mayor relieve a lo positivo, pero también a lo negativo: a nuestros déficits y a los del ser querido.

- De ahí que, antes de proseguir la lectura, te recomiende que pienses en la sana dependencia que el amor lleva consigo. En que justo aquellos que mejor aman se exponen más que nadie, y de manera voluntaria aunque quizá no del todo consciente, a sufrir con el mal del ser querido (el que él o ella se hacen a sí mismos). No será difícil que en tu vida hayas encontrado personas de semejante grandeza, dispuestas a sufrir cuanto sea necesario por amar realmente a los otros. Pero, por si te hiciera falta y eres creyente, te recuerdo que justamente esto es lo que *ganó* Dios cuando, movido por su Amor infinito, decidió crearnos: un cúmulo de problemas —hasta la muerte— ... ¡que ya conocía de antemano!

Y eso que, según afirman, y estoy de acuerdo, amar es precisamente decir: «¡no morirás!»

1. Amar es decir: «no morirás»

Acabamos de examinar algunas de las verificaciones gozosas de que el cometido principal del amor es pronunciar un sí decisivo a la persona del amado: confirmarla en su ser, refrendar la acción divina creadora, re-crearla.

También existen comprobaciones punzantes, dolorosas y, en ocasiones, destructivas. Y la más clara es la desaparición, la muerte del amado o, de manera relativamente similar, pero que ahora no debe ocuparnos, el amor no correspondido.

Cuando fallece un ser al que apreciamos de veras —marido, esposa, hijo, novio o novia, amigo o amiga bien probados...—, no solo es que sintamos como un vacío auténtico su pérdida, sino que el universo todo, que el amor había hecho resplandecer, se torna de repente, y al menos por algunos momentos, un absoluto sin-sentido, tedioso, anodino y falto de color, de hondura, de textura y de relieve.

Nada de lo que nos rodea, nada de lo que hacemos y con lo que otras veces hemos gozado, tiene ahora razón de ser. Nada. Parece como si todo se desvaneciera junto con la persona a la que, según recuerda Agustín de Hipona, «habíamos amado como si nunca hubiera de morir».

En este extremo, la experiencia común no puede ser más reveladora. Aunque la expresión resulte un tanto irreverente, cruel e incluso blasfema, es difícil encontrar a un padre o a una madre de cinco hijos —por poner una cifra— que, ante la muerte inopinada de uno de ellos, reaccione de inmediato afirmando: “todavía me quedan un 80%” (de nuevo pido perdón). Al contrario, mil que tuvieran no bastarían en aquel instante para compensar el vacío desgarrador del que los ha dejado.



Cuando fallece la persona amada,
no solo sentimos el vacío de su pérdida,
sino que el universo todo se torna un auténtico sin-sentido,
tedioso, anodino y falto de color, de hondura y de relieve

2. Nuevos testimonios

Por su parte, la historia y la literatura nos ofrecen multitud de testimonios en la misma línea, a la par semejantes y diversísimos.

Quiero decir que los distintos intentos de explicar el amor —por más que difieran entre sí, y por más que se aparten de la versión que aquí vengo esbozando— comunican en esta propiedad concreta: en cualquiera de ellos, la falta del ser querido provoca la carencia de significado de uno mismo y sus actividades y de todo y todos los que lo circundan.

Entre los clásicos, lo manifiestan estos cuatro célebres versos de Garcilaso de la Vega: «Echado está por tierra el fundamento / que mi vivir cansado sostenía. / ¡Oh cuánto bien se acaba en solo un día! / ¡Oh cuántas esperanzas lleva el viento!»³²

Algo similar experimentó otro poeta, éste contemporáneo. Según narra José Luis Cano,

... en Soria, Machado se convierte en enfermero de su mujer, cuya salud es lo único que le preocupa. Tras una aparente mejoría, Leonor vuelve a agravarse, pero antes de morir, aún tiene un momento de alegría al recibir de manos de Antonio el primer ejemplar de *Campos de Castilla*. Pocos días después, el 1 de agosto, muere Leonor en brazos del poeta. La muerte de su esposa hunde a Machado en un dolor tan hondo que el éxito de *Campos de Castilla* —cuya publicación es recibida con entusiasmo por la crítica madrileña, Ortega y Azorín al frente— no logra atenuar.

Y prosigue, sin solución de continuidad:

En algún momento pensó suicidarse, según le confiesa en una carta a Juan Ramón: “Cuando perdí a mi mujer pensé pegarme un tiro. El éxito de mi libro me salvó, y no por vanidad, ¡bien lo sabe Dios!, sino porque pensé que si había en mí una fuerza útil, no tenía derecho a aniquilarla”.

Y en otra carta, ésta a su admirado Unamuno: “La muerte de mi mujer dejó mi espíritu desgarrado. Mi mujer era una criatura angelical, segada por la muerte cruelmente. Yo tenía adoración por ella; pero por sobre el amor está la piedad. Yo hubiera preferido mil veces morirme a verla morir, hubiera dado mil vidas por la suya. No creo que haya nada de



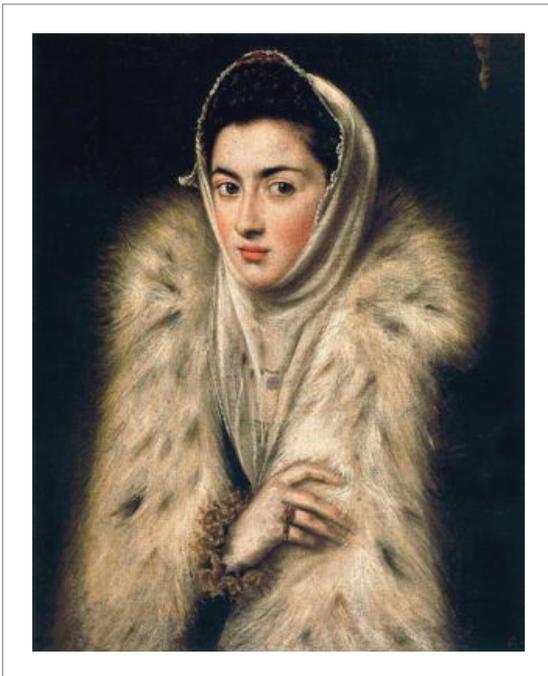
32 GARCILASO DE LA VEGA: *Obras completas*. Barcelona: Planeta, 1992, Soneto XXVI, p. 16.

extraordinario en este sentimiento mío. Algo inmortal hay en nosotros que quisiera morir con lo que muere. Tal vez por esto viniera Dios al mundo. Pensando en esto me consuelo algo. Tengo a veces esperanza. Una fe negativa es también absurda. Sin embargo, el golpe fue terrible y no creo haberme repuesto. Mientras luché a su lado contra lo irremediable me sostenía mi conciencia de sufrir mucho más que ella, pues ella, al fin, no pensó nunca en morir y su enfermedad no era dolorosa. En fin, hoy vive en mí más que nunca y algunas veces creo firmemente que la he de recobrar. Paciencia y humildad”.³³

La falta del ser querido provoca
la carencia de significado de uno mismo y sus actividades
y de todo y todos los que lo circundan

3. Una “fractura” en el ser

Con vocación de eternidad



Aun a riesgo de cortar por un momento el hilo del discurso y de tornar un poco menos comprensible (por lo que ningún lector debería preocuparse si estas reflexiones por ahora *lo superan*), me aventuro a hacer un par de comentarios de estas palabras de Machado, enlazándolas con las que antes apuntaba y en seguida volveremos a ver.

a) Y es que, de manera no siempre expresa pero tremendamente eficaz, quienes aman de veras ponen en comunicación el núcleo más íntimo de sus respectivas realidades: el acto personal de ser.

b) En última instancia, lo que se ama es el ser de la persona querida desde y con el propio ser. Y los de una y

otra, por tratarse de personas, si no propiamente eternos — atributo exclusivo de Dios —, son siempre inmortales.

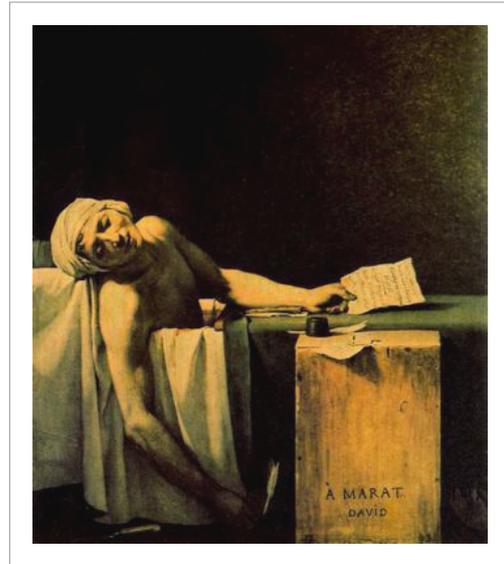
c) Por eso ha podido afirmarse que el amor interpersonal — el único verdadero amor — o nace eterno o lo hemos positivamente *matado* o es que en realidad

33 CANO, José Luis: *Introducción a MACHADO, Antonio: Campos de Castilla*. Madrid: Cátedra, 11ª. ed., 1998, pp. 15-16.

no había nacido: pues un ser-para-siempre no puede ser confirmado de forma provisional, *por un tiempo (ad tempus)*.

— Y tal vez esa intimísima dimensión de sempiternidad, junto con la real identificación entre los amantes explique el que la desaparición de la persona amada esboce e incluso incite a la disolución de nuestro ser, al suicidio.

— En tal impulso se manifiesta, por un lado, el tremendo y aparente engaño-fraude de un amor que surge para siempre y al que, con la muerte, parece faltar el objeto de sus desvelos.



— Y también, hasta la hipérbole machadiana de la muerte de Dios, se explica por una suerte de solidaridad entre los que se aman, que pretenden participar en el acontecimiento más escandaloso para el amor de los enamorados: la pérdida de los seres queridos.

Nada tiene de extraño, entonces, que algo semejante experimentara en el pasado siglo Simone de Beauvoir, cuya concepción del amor —al menos, aparentemente— se sitúa casi en las antípodas de la que desarrolla este escrito. Cuando la amante de Sartre cree —equivocada, pero con absoluta certeza— que él ha muerto a raíz de una huelga de hambre, no puede sino exclamar: «Ya no había hombres, ya no los habría nunca, y yo no sabía por qué sobrevivía absurdamente».

Y en un contexto todavía más apartado del nuestro, y dentro ahora de la narrativa de ficción —lo que, en cierto modo resulta aún más representativo de la universalidad del sentimiento—, François Sagan, con términos un tanto feroces y casi agresivos, pone en boca de uno de sus personajes, refiriéndose en primer lugar al paso del tiempo y a la muerte:

No pienso más que en esto. Pero cuando tú estás conmigo de noche; cuando juntos tenemos calor, entonces me tienen sin cuidado. Solo entonces. Me importa un bledo morir; lo único que me da miedo es que tú mueras. Mucho más importante que cualquier cosa, que cualquier idea, tu aliento sobre mí. Como un animal, estoy en vela. Tan pronto como te despiertas, me escondo en ti, en tu conciencia; me lanzo sobre ti. Vivo de ti.³⁴

34 Vale la pena contextualizar levemente: «Un jour, il n'y aura plus rien. Le noir. L'absence. La mort.

— Pourquoi me dis-tu ça?

Elle tremblait de froid et d'une horreur instinctive devant sa voix rêveuse.

“Parce que je ne pense qu'à ça. Mais quand tu es près de moi, la nuit, que nous avons chaud ensemble, alors je m'en fiche. C'est le seul moment. Je me fiche de mourir; je n'ai qu'une peur, c'est que toi, tu meures. Bien plus important que n'importe quoi, que n'importe quelle idée, ton souffle sur moi. Comme un animal, je veille. Dès que tu te réveilles, je m'enfouis dans toi, dans ta conscience. Je me jette sur toi. Je vis de toi. Ah! quand je pense que tu as pris l'avion sans moi, qu'il aurait pu tomber, tu es folle! Tu n'avais pas le droit. Tu imagines : la vie sans toi?». SAGAN, Françoise : *Les merveilleux nuages*. Paris : Le Livre de Poche, 1961, p. 102-103.

El amor interpersonal o nace eterno
o es que en realidad no ha nacido
o lo hemos positivamente *matado*

¿Con o sin Dios?

Lo recogido en la última cita, ¿es paganismo desgarrado? Quizás en lo que expresamente sostiene, pero no en lo que subyace a esos asertos, en los que de forma implícita, y pese a las apariencias, se afirma la presencia de Dios.



Y es que, en verdad, la radical energía que nos hace ser a cada uno proviene, sin intermediarios, de Dios, que nos crea y conserva amorosamente (nuestra presencia en el mundo y la traída y llevada autoestima quedan legitimadas desde su misma

raíz cuando somos conscientes de que hemos venido a la vida como fruto de un Amor sin límites, que sigue sosteniéndonos con igual intensidad en cada momento de nuestra existencia).

Pero Él mismo quiere que esa fuerza primigenia también se nos transmita a través del ser de la persona amada, reflejo y participación del infinito Ser divino.

Una vez más aquí, la absoluta dependencia respecto a Dios no elimina, sino que fundamenta, la real e inequívoca consistencia de lo creado, de modo análogo al de la gracia, que no suprime, sino que sana, consolida y perfecciona la naturaleza.

Y de ahí que resulten doblemente significativas las exclamaciones agustinianas que a continuación transmito. Reveladoras, de una parte, por cuanto con ellas Agustín no se refiere ni a su madre, ni a su hijo ni a su amante, sino a un chico que fue su mejor amigo, durante aproximadamente seis meses, allá por los tiempos de la adolescencia. De otra, porque no solo fueron escritas muchísimos años después de la pérdida de aquel muchacho, sino, por lo mismo, tras la conversión del santo: y el inconmensurable amor a Dios que ahora tiene no torna impuros a sus ojos los sentimientos de entonces.

Con el tono retórico que le caracteriza, San Agustín recuerda:

¡Qué terrible dolor para mi corazón! Cuanto miraba era muerte para mí: la ciudad se me hacía inaguantable, mi casa insufrible y cuanto había compartido con él se me volvía sin él crudelísimo suplicio. Lo buscaba por todas partes y no aparecía, y llegué a odiar todas las cosas, porque no lo tenían ni podían decirme como antes, cuando venía después de una ausencia: “he aquí que ya viene” [...]. Solo el llanto me era dulce y ocupaba el lugar de mi amigo en las delicias de mi corazón [...]. Me maravillaba que la gente siguiera viviendo, muerto aquel a quien yo había amado como si nunca hubiera de morir; y más me maravillaba aún que, muerto él, siguiera yo viviendo, que era otro él. Bien dijo el poeta Horacio de su amigo que era “la mitad de su alma”, porque yo sentí también, como Ovidio, que “mi alma y la suya no eran más que una en dos cuerpos”; y por eso me producía tedio el vivir, porque no quería vivir a medias, y a la vez temía quizá mi propia muerte para que no muriera del todo aquel a quien yo tanto amaba.³⁵

Con terminología y estructura más actuales, otro espléndido testimonio, trasladado hoy al celuloide en la no del todo satisfactoria *Tierra de penumbras*, lo ofrece Clive Staple Lewis — autor de *Crónicas de Narnia* e inspirador de las respectivas películas —, pocas semanas después de que falleciera su esposa.

No es verdad que esté pensando siempre en H. — explica —. El trabajo y la conversación me lo hacen imposible. Pero los ratos en que no estoy pensando en ella pueden que sean los peores. Porque entonces, aunque haya olvidado el motivo, se extiende por encima de todas las cosas una vaga sensación de falsedad, de despropósito. Como en esos sueños en que no ocurre nada terrible — ni siquiera que parezca digno de mención al contarlos a la hora del desayuno —, y sin embargo la atmósfera y el sabor del conjunto son mortíferos. Pues igual. Veo rojear las bayas del fresno silvestre y durante unos instantes no entiendo por qué precisamente ellas pueden resultar deprimentes. Oigo sonar una campana y una cierta calidad que antes tenía su tañido se ha esfumado de él. ¿Qué pasa con el mundo para que se haya vuelto tan chato, tan mezquino, para que parezca tan gastado? Y entonces caigo en la cuenta.³⁶

La radical energía que nos hace ser
proviene directamente de Dios,
pero Él mismo quiere que se nos transmita,
también, a través de la persona amada

Morir

Se trata de un golpe duro, certero, que alcanza el núcleo más íntimo de la persona que ama, al menos por unos instantes, incluso cuando quien sufre tiene una fe sólida y está por completo abandonado en Dios: repito que la gracia no suprime ni reemplaza a la naturaleza.

35 AGUSTÍN DE HIPONA: *Confesiones*, IV, 4-6 (9-11).

36 LEWIS, Clive Staples: *Una pena observada*. Madrid: Trieste, 1988, p. 39.

Aunque, sin duda, esa fe y ese amor a Dios, junto con la confianza en el gozo imperecedero del ser querido, facilita enormemente el que se supere la desolación inicial.

Es más, pienso que el destrozo provocado por la ausencia de las personas amadas solo puede eliminarse radicalmente, después del primer e inevitable zar-pazo, cuando uno está enriquecido por un amor muy cabal al otro en cuanto otro y, de forma todavía más neta, a Dios, que engloba en Sí, de manera sublimada, todos los amores.

Lo explica Gustave Thibon: «Más allá de la persona del cónyuge que no se puede amar, queda la persona de Dios que es amor, y lo que aborta en el tiempo, siempre puede crecer en lo eterno».³⁷

Hay en estas afirmaciones un deje de ambigüedad, puesto que quien fallece puede seguir siendo objeto de nuestro cariño aunque habite en el otro mundo. Pero es que, en sí misma, la situación resulta tremendamente compleja.



La muerte constituye una pérdida real, incluso para quien cree en la inmortalidad del alma y en un destino de Amor infinito en el Cielo. Según afirman los creyentes, el propio Jesucristo sintió en cuanto hombre pavor ante ella, pues, como explica y justifica Tomás de Aquino, la pérdida de la vida corporal resulta «naturalmente horrible a la naturaleza humana: *naturaliter horribilis humanae naturae*».³⁸ Y solo en la medida en que uno ame mucho y muy de veras a Dios, y a aquel que le ha sido arrebatado, verá más fácilmente mitigado el delito contra el ser en que el morir consiste.

Más que extenderme en explicaciones y glosas, me limito a transcribir estas nuevas palabras de Lewis:

Y C., el pobre, me repite: “No te aflijas como los que no tienen esperanza”. Me deja perplejo esa forma en que somos invitados a aplicarnos a nosotros mismos unas palabras evidentemente dedicadas a los mejores. Lo que dice San Pablo solamente puede confortar a quien ame a Dios más que a sus muertos y a sus muertos más que a sí mismo. Si una madre está llorando no por lo que ha perdido, sino por lo que ha perdido su hijo muerto, será un consuelo para ella pensar que el hijo no

37 THIBON, Gustave: *La crisis moderna del amor*. Barcelona: Fontanella, 4ª. ed., 1976, p. 120.

38 TOMÁS DE AQUINO: *S. Th.* III, q. 64, a. 6.

ha perdido la finalidad para la que fue creado. Y otro consuelo pensar que ella misma, al perder el principal motivo de su felicidad, el único natural, no ha perdido algo que vale mucho más, el poder conservar su esperanza de “glorificar a Dios y gozar de Él para siempre”. Consolarse en el espíritu imperecedero de “Dios como meta” que dentro de la madre habite. Pero este consuelo no sirve para su maternidad. Lo específico de su felicidad maternal tiene que darlo por perdido. Nunca ya, en ningún sitio ni en ningún tiempo, volverá a sentar a su hijo en sus rodillas, ni a bañarlo, ni a contarle un cuento, ni a hacer proyectos para su futuro, nunca conocerá a los hijos de su hijo.³⁹

(No querría empañar con un comentario impertinente la hermosa verdad que señalan las líneas recién citadas. Pero deseo apuntar que una profunda concepción de Dios como plenitud indivisa de toda perfección relativizaría, sin quitarles su valor, las afirmaciones de Lewis: en Dios, de un modo ciertamente inefable, obtendremos todo el gozo y todos los gozos que en nuestra existencia concreta —la mía, la tuya— *hubiéramos debido* lograr.)

La otra vida, la eterna, no es independiente de nuestro paso por este mundo, sino que lleva a total cumplimiento lo que aquí hemos logrado, siempre de modo imperfecto: casi nulo, si lo comparamos con la Plenitud de la Vida futura.)

El destrozo provocado por la pérdida de las personas amadas
solo puede eliminarse cuando uno está enriquecido
por un amor muy cabal al otro en cuanto otro
y, de forma todavía más neta, por un gran amor a Dios

Testimonios complementarios

De ahí que estime imprescindible aducir un par de testimonios donde la fuerza del amor parece superar, ¡y supera de hecho!, incluso a la muerte posible o real.

Es el caso de Viktor Frankl, cuando en el campo de concentración *se aferra* al amor que otorga vida a su esposa, cuyo destino ignora —no sabe si vive o está muerta—, y a través de ella recupera la vida él mismo. Por razones didácticas, me atrevo a ofrecer en primer lugar el hecho y en párrafos sucesivos las reflexiones de Frankl, sumamente acertadas y sugerentes.



39 LEWIS, Clive Staples: *Una pena observada*, p. 30.

Escribe, pues, en primer término: «Pero mi mente se aferraba a la imagen de mi esposa, imaginándola con una asombrosa precisión. Me respondía, me sonreía y me miraba con su mirada cálida y franca. Real o irreal, su mirada lucía más que el sol del amanecer».⁴⁰

Y comienzan los descubrimientos y, para nosotros, las enseñanzas. Ante todo, la sublime grandeza del amor.

En ese estado de embriaguez nostálgica se cruzó por mi mente un pensamiento que me petrificó, pues por primera vez comprendí la sólida verdad dispersa en las canciones de tantos poetas o proclamada en la brillante sabiduría de los pensadores y de los filósofos: el amor es la meta última y más alta a la que puede aspirar el hombre.⁴¹

De inmediato, la relación entre amor y felicidad, entendida como perfección y como dicha.

Entonces percibí en toda su hondura el significado del mayor secreto que la poesía, el pensamiento y las creencias humanas intentan comunicarnos: la salvación del hombre sólo es posible en el amor y a través del amor. Intuí cómo un hombre, despojado de todo, puede saborear la felicidad —aunque solo sea un suspiro de felicidad— si contempla el rostro de su ser querido.⁴²

Por fin, la victoria del amor sobre la muerte y sobre cualquier otro mal.

Aun cuando el hombre se encuentre en una situación de desolación absoluta, sin la posibilidad de expresarse por medio de una acción positiva, con el único horizonte vital de soportar correctamente —con dignidad— el sufrimiento omnipresente, aun en esa situación ese hombre puede realizarse en la amorosa contemplación de la imagen de su persona amada. Ahora sí entiendo el sentido y el significado de aquellas palabras: “Los ángeles se abandonan en la contemplación eterna de la gloria infinita”.⁴³

Pero no todo acaba aquí. La experiencia se completa con este otro texto del propio Frankl:

Mi mente todavía se aferraba a la imagen de mi mujer. De pronto me asaltó una inquietud: no sabía si aún vivía. Sin embargo, ahora estaba convencido de una cosa, algo que había aprendido demasiado bien: el amor trasciende la persona física del ser amado y encuentra su sentido más profundo en el ser espiritual del otro, en su yo íntimo. Que esté o no presente esa persona, que continúe viva o no, de algún modo pierde su importancia. Ignoraba si mi mujer vivía y carecía de medios para averiguarlo (a lo largo de mi cautiverio jamás tuvimos contacto postal con el exterior); aunque en ese momento esa cuestión tan vital dejó de importarme. No sentía ninguna necesidad de comprobarlo: nada podía afectar a la fuerza de mi amor, de mis pensamientos o a la mirada amorosa de su figura espiritualizada. Si por aquel entonces hubiera conocido la muerte de mi mujer, creo que aun así me habría entregado —insensible a la realidad— a la contemplación de su imagen y mentalmente habría conversado con ella con la misma viveza y satisfacción. “Sella conmigo tu corazón... pues fuerte como la muerte es el amor” (*Cantar de los Cantares* 8,6).⁴⁴

40 FRANKL, Viktor E.: *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona, 2004, p. 65.

41 FRANKL, Viktor E.: *El hombre en busca de sentido*, p. 65.

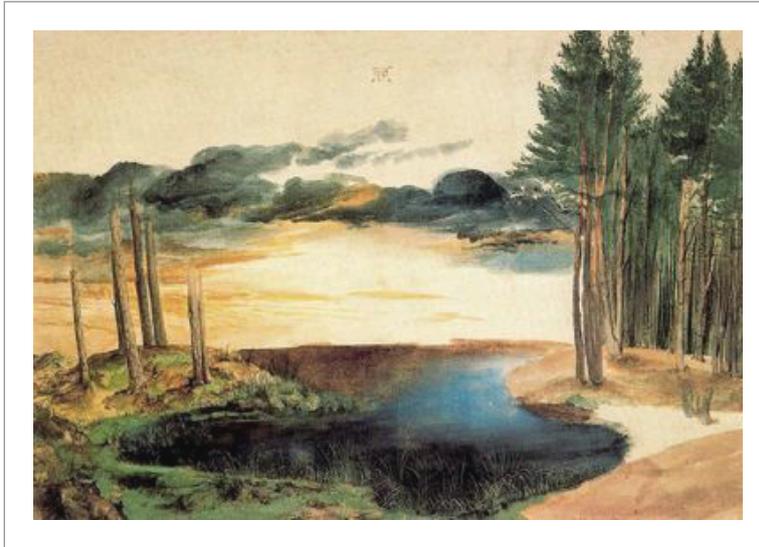
42 FRANKL, Viktor E.: *El hombre en busca de sentido*, p. 65.

43 FRANKL, Viktor E.: *El hombre en busca de sentido*, p. 65.

44 FRANKL, Viktor E.: *El hombre en busca de sentido*, p. 65.

Tranquilidad.

El conocimiento humano es progresivo. Normalmente no se comprende del todo lo que se lee por primera vez. Lo medio-entendido entonces prepara para estudiar lo que sigue, y el nuevo saber aclara lo ya aprendido. A menudo es preciso volver bastantes veces sobre lo mismo. Pero el resultado final suele provocar una satisfacción gozosa. Te invito a que lo compruebes... si todavía no lo has experimentado.



Ayuda para la reflexión personal

- Tal vez en las páginas que preceden nos hayamos acercado a lo que cabría considerar como una “metafísica” del amor: una visión del amor que lo relaciona de manera directa con el ser y el no-ser, con la vida y con la muerte. Se trata de un terreno fecundo, y que personalmente me apasiona, pero que en un libro de estas características no es prudente desarrollar. En cualquier caso, lo que ahora te planteo podría ayudarte a ahondar en la perspectiva metafísica del amor.

- «Lo que se ama es el ser de la persona querida desde y con el propio ser». Cualquiera que no sea un especialista en antropología filosófica, e incluso en metafísica, puede considerar lo que acaba de leer como una frase vacía, sin contenido, o, como mínimo, trivial o redundante. ¡Ojalá a ti no te suene así, sino que te diga algo, bastante... ¿mucho?!

Si tan improbable hecho está sucediendo, ¿podrías aclarar el sentido, alcance e implicaciones de esa afirmación?

- Por si te sirve, personalmente considero que el ser es el acto más radical que existe en cualquier realidad: “el acto de todos los actos y la perfección de todas las perfecciones”, solemos decir quienes nos dedicamos a la metafísica. Y, aunque la expresión resulte un tanto ardua, no es imposible entender, al menos, que apunta a algo de enorme relevancia: amar desde el propio ser al ser de la persona querida

implica, por nuestra parte, *ponernos totalmente en juego*, en intensidad y en extensión — desde el fondo más radical y con todo lo que somos—, así como acoger plenamente a aquel a quien queremos, con sus virtudes y sus defectos (acto de *todos* los actos y perfección de *todas* las perfecciones...).

Nueva ayuda para la reflexión personal

Un poco de todo lo anterior —y mucho más— puedes hallar en esta nueva cita de Spaemann. Te la propongo a modo de reto... que *no* tienes por qué aceptar, pues los conceptos y el lenguaje con que los expone son relativamente complicados, más aún para los no especialistas en filosofía:

La identidad hacia la que trascendemos, la otra persona, se halla con nosotros en una relación de reciprocidad. Yo soy parte de su mundo como ella lo es del mío, yo soy para ella como ella es para mí, y a mí me resulta evidente que yo soy para ella y que ella sabe que es para mí. En esta reciprocidad se funda el realismo metafísico, el cual es constitutivo de la persona y una condición necesaria de la intencionalidad, aunque no reductible a ella.

Cuando la identidad se manifiesta, lo hace necesariamente en determinadas cualidades, ante todo en la mirada. Todo aquello en lo que se manifiesta es susceptible en principio de simulación. Todo lo cualitativo, todo lo fenoménico, se puede simular. La personalidad se constituye renunciando a tener al otro por una simulación o por un sueño, es decir, por “algo” que es esencialmente para mí, sin que yo sea, simultáneamente para él.

El amor y la aceptación implican esta renuncia. Ambos son incompatibles con la duda en la realidad del otro, o sea, con el solipsismo, y también con la reducción del realismo a la condición de hipótesis. En Nietzsche podemos observar cómo la negación de la relación con la realidad coincide con la disolución de la persona y la negación de su unidad. Si no soy alguien que pueda ser “pensado” como tal, entonces no soy nadie en absoluto, sino exclusivamente algo. Pero como algo no poseo un principio de necesaria unidad interna. Si no soy un “tú”, tampoco puedo ser un “yo”, sino que soy un conglomerado de estados de nadie, soy el “placer de ser el sueño de nadie bajo abundancia de párpados”.⁴⁵

• También te vendrá bien reflexionar sobre estas palabras de Philippe, relacionadas con el fundamento último de la tan traída y llevada autoestima:

La autoestima necesita un fundamento: la certeza de que, ocurra lo que ocurra, soy amado y puedo amar. Solo Dios puede garantizar absolutamente esta certeza.

El núcleo sólido de nuestra personalidad, el fondo de seguridad íntima que todos necesitamos, consiste en esta doble certeza: la de ser amado y la de poder amar. Ambas son necesarias: por una parte, saberse amado de un modo incondicional, lo que libera de la angustia de preguntarse permanentemente si se es digno de amor, si se está a la altura o no, etc. Pero eso no basta. Es preciso, por otra parte, saberse capaz de amar, de darse, de desinterés, etc. Eso es necesario para detectar el precio y el valor de nuestra vida. Para existir de una manera libre y feliz, tenemos necesidad no solo de ser amados, sino también de amar, de devolver, de dar fruto, de dar la vida, etc. Solo Dios puede garantizarnos esta doble certeza: solo Él nos ama con un amor absolutamente incondicional y solo Él nos da la seguridad de que, a pesar de nuestras limitaciones, su gracia puede sembrar en nuestros corazones una auténtica capacidad para amar, una disponibilidad para recibir y una generosidad para entregarse.⁴⁶

45 SPAEMANN, Robert: *Personas*, pp. 89-90.

46 PHILIPPE, Jacques: *Llamados a la vida*. Madrid: Rialp, 2008, pp. 100-101.